

VICHOFF

**LOS
RELATOS
DE
LA
SEMANA**

©Vichoff, 2004/2006
es.humanidades.literatura

INDICE

Margarita y el maestro.....	3
Cualquier tiempo pasado fue mejor.....	5
Sí que es ridículo, sí.....	7
Nunca es tarde.....	9
Asunto pendiente.....	11
El dueño del mundo.....	14
Cambio de ritmo.....	16
La visita.....	18
El hombre y la momia.....	20
Esquecer.....	21
Nosotros mismos.....	22
Confiteor Deo.....	24
Fragmento de un libro que nunca existió.....	26
Caer tan alto.....	28
O no.....	30
La sombra de Koba.....	32
Así es la vida.....	34
Una buena obra.....	37
Rubio, de bellos ojos y apuesto.....	38
E la nave va... ..	39
El uno y el otro.....	41
Tienen razón.....	43
Nosotros.....	44
Qué cerca está la meta.....	46
Un amigo llamado Micky.....	48
El peso del mundo.....	50
Amigos.....	52
La decisión.....	53
Cuando menos se espera.....	55
La mayor distancia.....	57
Tute cabrón.....	59
Formas de pago.....	61
La venganza es un plato que se sirve frío.....	63
Una pareja feliz.....	65
La princesa encantada.....	67
En el nombre del padre.....	69
Una voce molto fa.....	71
Amor de madre.....	73
La más bella del baile.....	74
A la deriva.....	76

MARGARITA Y EL MAESTRO (ACRÓSTICO SILÁBICO)

(Sobre una idea y un relato -paralelo e inverso- de McDyver)

Margarita se resistía a abandonar la ropa de verano. Le daba una pereza tremenda empezar a ponerse medias, blusas de manga larga, prendas de abrigo... En verano era todo mucho más sencillo. Una simple falda, una camiseta (de las que su amiga Vicky llamaba U-shirt por la cosa del escote) y listo: una estaba vestida en un santiamén. O desnuda. Y aunque el verano le resultaba cada vez menos soportable, el otoño la empujaba, cada año un poco más, a la melancolía. Tal vez le recordaba que el otoño de su vida se acercaba sin que nadie pudiera hacer nada por evitarlo.

Ganar o perder: ésa era la cuestión. Y ella había perdido, estaba claro. Había perdido muchos años de su vida junto a un hombre al que nunca había querido.

Risas y llanto. Más llanto que risas, desde luego. Risas cuando nació su hijo, cuando jugaba con él, cuando lo miraba crecer. Llanto el día de su boda, porque desde el principio supo que aquél era el mayor error que podía cometer en su vida. Llanto cada vez que recordaba al maestro.

Tapar agujeros. A esa tarea había dedicado gran parte de su tiempo: a tapar los agujeros de la memoria por los que, constantemente, volvía su recuerdo. Le había costado un gran esfuerzo pero podría decirse que casi había conseguido olvidarle. Casi.

Y, con todo, seguía recordando. El pueblo, la casa de sus padres, los amigos de juventud, la escuela... y sobre todo el mar. El mar que la había conocido desde niña; el mar en el que había encontrado tanto consuelo, sobre todo después de que el maestro se fuera.

El mar había sido testigo de las primeras lecciones, junto a él había oído por primera vez los nombres de Piaget, Skinner, Jung, Freud. Y junto a él, colmados sus oídos por el rumor del oleaje y por las palabras del maestro, había recibido la primera, la más completa, la más hermosa lección de anatomía.

Mañana puede ser demasiado tarde, solía decir el maestro. Y había resultado terriblemente cierto. Porque ella había esperado a mañana para decirle que estaba embarazada pero al día siguiente el maestro había abandonado el pueblo sin dejar señal de su paradero. Hay hombres que parecen huir de la felicidad, como si el terror que sienten ante la idea de perderla les empujara a renunciar a disfrutarla. El maestro era uno de ellos.

Esperó unos días pero, al ver que el maestro no daba señales de vida, no tuvo más remedio que contar en casa lo que sucedía. Su padre le dio una paliza y se apresuró a concertar la boda con Mariano, el hijo del panadero, que la perseguía

obsesivamente desde los doce años. Ahí murieron sus ilusiones y la posibilidad de un futuro diferente: matrimonio, casa, hijo, negocio... no había tiempo para mucho más, no había tiempo para estudiar psicología. Después vino el inevitable divorcio y, a la muerte de su padre, el estanco como única posibilidad para mejorar su vida y la de su hijo. Y allí estaba. En el estanco. Vendiendo humo.

Tropezó con el anuncio nada más abrir el periódico: "Doctor Ritmanblú. Siquiatrólogo. Dylanterapia. Horarios concertados" Tuvo que agarrarse al mostrador para no caer al suelo como una marioneta a la que hubieran cortado los hilos. Volvió a leerlo, parpadeó, suspiró, leyó otra vez. Cerró el periódico despacio, con la mirada perdida más allá del escaparate, y vio la calle en la que el verano empezaba a retirarse ante la llegada imparable del otoño. Y pensó que tal vez el día menos pensado cometía la locura de llamar para pedir hora.

CUALQUIER TIEMPO PASADO FUE MEJOR

Dicen que la nostalgia no es buena, que no conduce a nada porque nos ata al pasado y no nos deja ir más allá. Dicen que hay que mirar hacia adelante porque la vida, querámoslo o no, sigue su curso y hemos de buscar nuestro hueco en el futuro. Pero yo estoy segura de que cualquier tiempo pasado fue mejor. Y nadie puede convencerme de lo contrario.

No puedo evitar que se me llenen los ojos de agua cuando recuerdo los tiempos felices. Entonces salíamos de casa temprano y podíamos pasar el día en el monte jugando, tomando el sol, cuidando de los pequeños, comiendo, charlando de nuestras cosas. Volvíamos tranquilamente a casa al anochecer, disfrutando el camino de regreso, con ese grato cansancio que nos gana después de haber pasado un día lleno de pequeñas alegrías.

En invierno, si había mucha nieve, nos quedábamos en casa, pero Miguel y Trini se ocupaban de que no nos faltara nada. Era un poco aburrido a veces pero nunca faltaban cosas que hacer y cosas de las que hablar: las vecinas, que tenían un macho nuevo muy bien plantado; el carpintero, que había venido a arreglar la cerca; los pequeños, que crecían como la mala hierba... De aquellos tiempos recuerdo, sobre todo, el calor que nos abrigaba, cientos de olores y, más que nada, el sabor de la comida.

Todo se vino abajo cuando Miguel enfermó. Le habíamos echado de menos pero no sabíamos qué pasaba. Nos lo contó la Pinta, la cotilla oficial del vecindario: entró dando saltos y agitándose como una loca y con su voz chillona nos gritó que había visto a Miguel en la cama y que Don Antonio, el médico, había estado en la casa. Enmudecimos y el silencio que cayó sobre nosotras me pareció un mal presagio.

Unos días más tarde, al anochecer, el Párroco vino a la casa. Llevaba algo tapado en las manos recogidas sobre el pecho y el monaguillo lo seguía en silencio. Cada tanto, el muchacho hacía sonar una campanilla. El domingo la casa se convirtió en un ir y venir constante de vecinos que no cesó ni durante la noche. Incluso llegaron coches de la ciudad. El lunes por la mañana vimos cómo sacaban el ataúd. Lo llevaban a hombros entre los tres hijos de Miguel y Federico, su mejor amigo.

Y a partir de ahí empezó nuestra desgracia. Poco tiempo después llegaron unos hombres bruscos y malhablados que, a empujones, nos hicieron subir a unos sucios camiones en los que apenas cabíamos. Salimos del pueblo y, después de muchos kilómetros (la Morucha se mareó nada más salir, la pobre era muy mayor para semejantes vaivenes, y la Canela, preñada como estaba, se pasó todo el viaje vomitando) llegamos a este rincón del mundo y nos encajonaron en este cuchitril miserable.

Ya no hablamos de nuestras cosas porque nos han separado tanto que tendríamos que hacerlo a gritos. Además, ya no nos apetece como antes. No salimos a pastar, casi no vemos la luz del día y a los pequeños se los llevan a las pocas semanas de nacer. No hay más olores que los de nuestra orina y nuestro estiércol, nos ponen bloques de sal para que los chupemos, bebamos más agua y demos más leche, y nos echan de comer una porquería granulada en la que no hay ni rastro de hierba. Es más, me ha parecido percibir en ella un olor parecido al que se desprende de los recién nacidos y las placentas.

A este paso nos volveremos locas.

SÍ QUE ES RIDÍCULO, SÍ

El fuego y el amor son difíciles de ocultar. Y Thor no había podido esconder el suyo como no hubiera podido esconder un incendio en su carromato. Pese a que intentó con todas sus fuerzas disimular sus sentimientos, a las pocas semanas todo el mundo sabía que estaba enamorado. La vida del circo es eso: un espacio reducido en el que convive mucha gente. Mucha, sí, pero siempre la misma. Al cabo de un tiempo todo el mundo conoce a todo el mundo, todos saben de la vida de todos y es muy difícil mantener un secreto. Y el suyo había acabado en boca de todos porque había cosas que no podía evitar. No podía evitar, por ejemplo, que se le erizaran los pelos de la nuca cuando la veía, aunque fuera de lejos. No podía evitar, por ejemplo, mirarla con una mirada distinta, tan distinta que hasta Cloud, su compañera más despistada, la había notado.

—¡Thor! —le gruñó asombrada— ¡te la estás comiendo con los ojos!

Era verdad.

—No me lo explico —le había dicho Sun con voz ronca— Es orgullosa, dominante, autoritaria... tiene un carácter imposible. Y esas caderas tan anchas, esa piel... —Sun se estremeció como si pensar en la piel de Karen le produjera un rechazo insuperable—... es ridículo, Thor.

Pero él no podía evitarlo: todo su ser se trastornaba cuando Karen aparecía. Y, cuando no estaba presente, él languidecía, tumbado al sol entre las pajas de paja, soñando con el día en que su amor fuera más allá de las miradas y los suspiros. Con el tiempo, había conseguido soportar con paciencia los comentarios, despectivos a veces, de sus compañeros de pista, las chanzas de los malabaristas; había aprendido a ignorar las bromas crueles de los payasos. Dormía mal y había perdido el apetito.

Pensó que podía haberse fijado en cualquiera de sus compañeras de pista, ágiles, atléticas, de finas caderas y movimientos cadenciosos. La joven Rain, por ejemplo, que acababa de incorporarse al equipo. Era elástica y elegante, seguro que le bastaban unos pocos años de entrenamiento para convertirse en una de las estrellas del “Gran Circo de Hamburgo”. Podía haberse enamorado de ella y vivir un feliz idilio de veinticuatro horas diarias que le ayudara a soportar la nostalgia de su tierra. Pero no: se había enamorado de Karen.

El chasquido del látigo al restallar contra el suelo le sacó de sus pensamientos y le devolvió a la realidad. Miró a Karen y vio la orden escrita en su mirada. Encaramado en el pequeño podio en forma de pirámide truncada, levantó los cuartos traseros, se tensó y se preparó para el salto felinamente majestuoso que atravesaría el arco de fuego que ardía ante sus ojos. Una décima de segundo antes de

saltar pensó fugazmente que quizá sus compañeros tuvieran razón: es ridículo que un león se enamore de su domadora.

NUNCA ES TARDE

Siempre había sido así o, al menos, así lo recordaba Luis. Desde que tenía memoria, Javier siempre había sido el más listo, el más guapo, el más cariñoso, el favorito de papá y, por supuesto, de mamá, que presumía de niño ante amigos y familiares. “Fíjate en tu hermano”, solía decir su padre, “y aprende de él”.

El día que intentó contarle a mamá que Javier había roto a propósito su juguete favorito, mamá lo despidió sin contemplaciones: “No digas tonterías, Luisito. ¿Cómo va a hacer eso Javier, con lo que te quiere?”. Desistió entonces de contarle la risa burlona de Javier cuando él se había echado a llorar al ver destripado el oso de peluche sin el que no podía conciliar el sueño y tampoco se atrevió a decir nada de la crueldad de Javier con “Lobo”, el perro del jardinero, ni de sus sospechas acerca del origen del mucho dinero que Javier malgastaba.

En la adolescencia, Javier siguió siendo el más inteligente, el que sacaba mejores notas, el más simpático, el más atractivo. Era, por supuesto, el jefe de su pandilla y el que siempre se llevaba a la chica más guapa.

Cuando conoció a Maite y se enamoraron y ella aceptó ser su novia, Luis tuvo la certeza de que, por fin, la vida se había decidido a darle la felicidad que hasta entonces le había regateado. Maite era hermosa, inteligente y le quería como nunca le había querido nadie. Maite le quiso con locura durante un año, justo el tiempo que pasó antes de que la llevara a casa para presentarle a su familia. “Tenía tantas ganas de conocerte...”, había dicho Javier al abrazarla y besarla en la mejilla, muy cerca de la boca. Maite se azoró un poco. “Es que..., siguió Javier,... Luisito nos ha contado maravillas de ti”. Dos años más tarde, Javier y Maite se casaban. Tuvieron tres hijos.

Su madre se había puesto muy nerviosa en el cementerio, tuvieron que darle un sedante antes de encerrarse en el despacho de su padre a revisar papeles. “Desde luego...” dijo Javier con tono de fastidio mientras abría la caja fuerte, “...el viejo ha ido a morir en el momento más inoportuno...” A Luis no le dio tiempo a decirle que no hablara así de su padre porque Javier añadió de inmediato: “...justo ahora que voy a divorciarme de Maite”.

Luis le miró estupefacto, incrédulo, un segundo antes de que la ira le subiera desde el estómago y le desorbitara los ojos, dos segundos antes de que una furia que nunca hubiera imaginado le llevara a agarrar a su hermano por las solapas de la chaqueta y a sacudirle con rabia mientras le llamaba miserable y canalla y le gritaba todo lo que llevaba callando casi cuarenta años. Y cuando Javier consiguió contestarle con un despectivo “Cállate, enano”, toda la fuerza de su odio se concentró en el puño que dio de lleno en el estómago de su hermano desencajándole

el rostro, haciéndole caer como un fardo sobre el sillón de su padre mientras se llevaba la mano al pecho y su boca abierta buscaba ansiosamente un poco de aire “Te voy a matar, enano...” consiguió murmurar mientras intentaba meter la mano en el bolsillo del pantalón “...en cuanto encuentre las malditas pastillas... te voy a matar”. Pero, antes de que terminara la frase, Luis se abalanzó sobre él, le sujetó violentamente el brazo y alcanzó el pequeño frasco lleno de diminutos comprimidos de color rosa. “¿Éstas, dices?”, preguntó retrocediendo y levantando el frasco, entre el índice y el pulgar, como un trofeo.

Se guardó las pastillas en el bolsillo interior de la chaqueta y se quedó de pie, a dos metros de su hermano, viendo cómo intentaba incorporarse, cómo se le crispaba la cara por el dolor imparable, cómo le azuleaban los labios, cómo le suplicaba ayuda con la última mirada.

Diez minutos más tarde descolgó el teléfono y llamó a una ambulancia. A continuación, marcó el número de la casa de su hermano y, lo más suavemente que pudo, le contó a Maite lo que había ocurrido: él había ido a la cocina a preparar un café y, al volver, se había encontrado a Javier derrumbado en el sillón, agonizando.

—Lo siento —susurró cuando su cuñada se echó a llorar—, no pude evitarlo.

ASUNTO PENDIENTE

“...los hay que dicen que, si al morir dejas cosas por hacer en este mundo, te conviertes en una especie de alma errante...”

David Meyer, “Rubia”

Manuel podía hablar del tema con conocimiento de causa. Se acababa de cumplir el noveno aniversario de su muerte y, en nueve largos años, no había conocido el sosiego.

Al principio todo fue bien, conforme a lo previsto: el largo túnel negro, la luz blanca y brillante al final y un bienestar que no había sentido nunca. Pero, cuando salió del túnel y desembocó en el ruedo luminoso, una presencia revestida de severidad le formuló la gran pregunta: “¿Dejas algún asunto pendiente?”. Iba a decir que no con absoluta sinceridad cuando la memoria, que tanto le había fallado en otras ocasiones, le presentó el recuerdo de Isabel. La negación se le quedó atascada en la garganta. “¿Y bien?”, apremió la presencia. “Mmmm...”, empezó a contestar, aunque no recordaba haber oído su voz, “... algo queda, sí”. “Pues ya sabes lo que te toca.

Y lo que le había tocado era vagar errante, como un vagabundo terrestre cualquiera, sin hogar ni refugio, por todos los mundos posibles. El tiempo cunde mucho cuando se está instalado en la eternidad y, en nueve años, Manuel ya había visitado el pasado en todas sus versiones, todos los futuros imaginables (desde el más probable hasta el más disparatado) y todos los universos paralelos. Y, aunque en todos ellos había encontrado siempre cosas que le habían admirado y sorprendido, lo cierto era que empezaba a aburrirse.

Y es que no era nada fácil regresar para resolver un asunto pendiente. Había tenido tiempo de trabar conocimiento con muchas de las infinitas criaturas que pueblan el éter y había averiguado que la facilidad para ponerse en contacto con la realidad que se había dejado atrás variaba en función de ciertos factores. Pero aún no sabía cuáles eran exactamente. Eso hacía que se irritara más aún cuando pensaba en algunos compañeros de quinta que habían abandonado la Tierra de Nadie al poco tiempo de llegar. No alcanzaba a entender cómo lo habían conseguido.

Se sentó meditabundo en un rincón del tiempo (exactamente, el anochecer del 31 de diciembre de 1968, era una fecha que le gustaba especialmente) y suspiró pensando en que tal vez nueve años no eran más que el comienzo de un desarraigo eterno.

Vio que Kulk llegaba presuroso después de doblar la esquina de las 17,45. Era un buen tipo de la categoría de los Guardianes y en alguna ocasión le había permitido acompañarle en su trabajo.

—¿Vienes? —le preguntó al pasar

—¿Dónde vas?

—Una güija

—¿Una güija? ¿Tú vas a esos sitios?

—Cuando es Carol la que me llama... sí —sonrió Kulk—. Tiene una energía tremenda. ¿Vienes o no?

Claro que iba. No tenía nada mejor que hacer en aquel momento. Se puso a su lado y le siguió a través varias dimensiones espaciales y temporales a una velocidad que le resultó excesiva. Cuando entraron en la habitación abuhardillada a Manuel le faltaba el aliento.

—Joder, tío, que soy novato —se quejó.

Alrededor de la güija se apiñaban cinco niños y una mujer. “Son los primos”, explicó Kulk, “y ella es la tía Irene”. “Ah”, se asombró Manuel, “ya los conoces”. “Ya te digo que Carol tiene mucha energía, he venido más veces. Además”, añadió, “soy el Guardián de su tía”. “¿De ésta?” “No, de otra. Irene es la pequeña. Mi pupila es la mayor”

Los niños ya habían empezado a formular preguntas. Querían saber de todo: cómo se llamaba, qué tal se estaba en las regiones en las que él habitaba, cuántas asignaturas iban a suspender, de qué sexo era el niño que esperaba la tía Matilde, cuánto tiempo tardaría Teresita, la niña que le gustaba a Mauricio, en hacerle caso. Kulk les contestaba despacio y con discreción. Cuando los niños le preguntaron si Dios existía se limitó a contestar que no podía responder a ese tipo de preguntas. Luego los niños quisieron saber si habían vivido otras vidas. Kulk se las explicó, niño a niño, vida a vida. Manuel asistía embozado al ir y venir de la moneda sobre la cartulina.

—¿Cómo lo haces, colega? —quiso saber

—Es sencillo —explicó Kulk—: miro la moneda y luego la letra a la que quiero ir. Mi voluntad se canaliza a través los dedos que están en contacto con la moneda y... la moneda se mueve.

—Dicho así —dijo Manuel—... suena fácil.

Se oyeron unos pasos en la escalera, los niños dejaron de prestar atención al tablero y miraron hacia la puerta.

—Vamos, niños, es tardísimo —anunció la mujer que acababa de llegar. Tenía cuarenta y tantos años y un rostro sereno.

Nada más verla, Manuel sintió que algo parecido a un viento helado atravesaba su ser incorpóreo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Kulk al sentir su inmovilidad

—Isabel... —acertó a murmurar mirando a la mujer

—¿La conoces? —preguntó Kulk

—La conocí —dijo en un susurro—. Hace veinticinco años.

Entonces, como si de repente se le hubiera disparado un mecanismo impulsor, Manuel apartó a Kulk de un manotazo, se inclinó sobre la güija y miró fijamente la moneda. Sin decir nada, los niños volvieron a colocar sus dedos sobre ella.

—No empecéis otra vez, por favor —dijo la mujer sonriendo.

Y se asomó al tablero justo a tiempo de ver cómo la moneda corría frenéticamente de una letra a otra: I-S-A-B-E-L-S-O-Y-M-A-N-U-E-L-Y-T-E-Q-U-I-E-R-O.

EL DUEÑO DEL MUNDO

¿Cómo no fijarse en él? ¿Cómo no distinguir su rostro entre los cientos de rostros anodinos que se desplazaban, a medio camino entre la embriaguez y la idocia, por penumbra del pub? ¿Cómo no reconocer en sus facciones ese gesto que tanto me gusta, entre severo y cansado, que suele aparecer en la cara del que ha sido bueno toda la vida pero está a punto de pasarse al lado oscuro? El azar jugó a mi favor, desde luego. El azar, que quiso que pasara junto a mí, rozándome, cuando se separaba de la barra con tres vasos en la mano. Me pidió disculpas, le miré y me miró. Luego lo vi alejarse hacia una de las mesas del fondo. Allí le esperaba un grupo de gente (hombres, mujeres, jóvenes y no tan jóvenes) tan parecido al grupo con el que yo estaba que hubiéramos podido pertenecer a la misma empresa. “Otra cena de trabajo”, pensé, “son todas iguales, somos todos iguales”.

Sus movimientos eran suaves, casi felinos. “Seguro que tiene gato”, me dije acordándome de Misi, la linda persa que había dejado en casa.

Cogí mi segundo cubata y me dirigí hacia la mesa donde mis compañeros habían conseguido acomodarse. Di un rodeo para pasar cerca de él y al llegar a su altura me quedé mirándole con descaro. En aquel momento levantó los ojos, me vio mirarle y me aguantó la mirada unos segundos. Luego bajó la cabeza como si yo no le interesara gran cosa y buscó un cigarrillo sobre la mesa pero, casi enseguida, volvió a levantarla y, no me engaño, sus ojos me buscaron.

Un amigo mío diría que todo esto no es más que química cerebral, procesos neuronales diversos provocados por las feromonas y cosas por el estilo. Me da igual. Cualquier explicación me satisfaría siempre que pudiera justificar por qué, cuando llegué a mi asiento, me temblaba el pulso y sentía un deseo feroz creciéndome el vientre.

Podía verle, aunque casi de espaldas, desde donde estaba. Encendió lánguidamente un cigarrillo, dio un trago largo a su bebida, rechazó la invitación a bailar de una compañera bajita y teñida de rubio. Yo me extasié mirando sus hombros, su perfil, su pelo oscuro. Imaginé sus manos acariciándome, su torso desnudo, el sabor de su saliva.

“Hey, dónde andas”, me sacudió el brazo un compañero justo en el momento en que, unos metros más allá, él se levantaba. Su vaso estaba casi lleno, aún le quedaban cigarrillos... deduje que iba al baño. “Disculpa”, le dije al interruptor levantándome yo también, “tengo que ir al servicio”.

Seguí sus pasos sin que me viera y entré tras él. Lo vi a la derecha, de cara a la pared, con las piernas separadas y el culo tenso. Oí el repiqueteo de su orina al golpear contra la loza. No había nadie más.

Avancé unos pasos, sin hacer ruido, y me coloqué a su espalda. Mi corazón iba tan deprisa que parecía imposible que sus latidos no retumbaran en las paredes azulejadas. Entonces se volvió y pude ver sus ojos bajo la luz fría de los fluorescentes: eran oscuros y me miraron con una mezcla de asombro y sorpresa.

No le di opción. Le cogí la cara con las manos y le besé con toda la audacia y toda la fuerza que el deseo y el alcohol me prestaban. Sus labios eran suaves y dulces, su aliento cálido. Le acaricié la nuca y el cuello, le busqué la lengua.

Reaccionó casi enseguida. Me rodeó con los brazos, me apretó contra su vientre y abrió la boca. No perdí el tiempo. Sin soltarlo, sin dejar de besarle, sin separarme ni un centímetro de la dureza que ya pujaba en su entrepierna, lo conduje hasta uno de los excusados y cerré la puerta. Las manos me temblaban pero encontré la hebilla del cinturón, los botones, la cremallera, el elástico del slip. Él había empezado a explorar por debajo de mi jersey. Acaricié sus brazos, su espalda, su culo antes de separarme un poco y empujarlo suavemente hacia abajo hasta que quedó sentado sobre la tapa del inodoro. Me arrodillé ante él.

¿Podéis creer que cuando tuve su sexo entre las manos, cuando contemplé aquella carne tensa y altiva, cuando me incliné sobre ella y la introduje suavemente en mi boca... podéis creer que me sentí el dueño del mundo?

CAMBIO DE RITMO

Que Justina, la chica que tenía interna, se despidiera el quince de diciembre, a una semana de Navidad, era lo que Mariló consideraba una faena de ovación y vuelta al ruedo. Tres niños pequeños que pronto tendrían vacaciones escolares, una casa enorme que necesitaba una limpieza general, la cena de Nochebuena (que, casualmente, aquel año se celebraba en su casa con asistencia de toda la familia política), la fiesta de Nochevieja (a la que realmente no le apetecía que ir pero había que hacerlo), las compras (¡las odiosas compras!)... A Mariló el abandono de Justina la dejó, literalmente, hundida en la miseria. Se le vino el mundo encima, vamos.

Intentó explicárselo con su marido.

—¿Qué voy a hacer ahora? —se lamentó

Pero su marido era lo que algunos autores llaman “un marido muy ocupado”.

—¿Has hablado con tu madre?

Su madre, gracias a Dios, se había ofrecido a llevar a los niños al colegio la semana que faltaba para las vacaciones mientras ella encontraba otra chica pero luego... Ella tendría vacaciones unos días, del veintidós al treinta, pero luego...

Le había visto ya varias veces, sentado a la puerta del supermercado, con su vieja mochila, un pequeño tambor y una caja de puros vacía en la que recogía los donativos. Cada moneda era celebrada con un redoble en el parche de cuero. En una ocasión lo que cayó en la caja de puros fue un billete y el redoble se prolongó casi un minuto, justo el tiempo que tardaron los seguratas en salir y decirle, por enésima vez, que se fuera de allí.

Mariló, como de costumbre, había calculado mal y había comprado más cosas de las que podía acarrear sin que peligraran sus cervicales. A la salida del supermercado se detuvo junto al hombre del tambor pero comprobó apenas que no le quedaba una mano libre con la que sacar una moneda del bolso. En aquel momento, el hombre levantó la cabeza.

—¿Quiere — dijo Mariló suspirando. Las asas de las bolsas de la compra empezaban a incrustarse en sus dedos—... ganarse unos euros?

El hombre no dijo nada pero la interrogó con la mirada.

—Ayúdeme con la compra.

El hombre se puso en pie, recogió la caja con las pocas monedas que contenía, se colgó la mochila y el tambor en bandolera y le quitó las bolsas de las manos.

Diez minutos más tarde, en su amplia y moderna cocina, mientras guardaba las cosas que el hombre del tambor iba sacando de las bolsas y alargándole con un

cuidado impropio de su aspecto, Mariló se llamó loca y tembló al pensar en la posibilidad de que su ocupado marido llegara en aquel momento y viera al sujeto que ella había tenido la insensatez de meter en casa.

—¡Joder, qué horno! —dijo el hombre en aquel momento y, antes de que Mariló pudiera hacer nada, había abierto la puerta y tenía media cabeza dentro- Aquí podrá hacer buenos asados...

—Bueno —vaciló Mariló—... yo no cocino mucho...

—Ah, ¿no? Pues en esta cocina tiene que ser una gozada, señora. Y el combi... ¡es la caña! ¡Hasta cubitos hace! Joder, tiene usted de todo.

—¿Sabe usted cocinar? —preguntó Mariló por decir algo

El hombre abandonó el examen minucioso a que estaba sometiendo al microondas y la miró con gesto ofendido.

—¡Por supuesto, señora! ¡Yo fui quien le dio a Juan Mari la idea del pastel de cabracho!

Mariló dudó unos segundos mientras el hombre se extasiaba ante la Thurbomix.

—¿Y los niños? —preguntó al fin— ¿Le gustan los niños?

Resultó que el hombre del tambor, una vez bañado, peinado y afeitado, tenía un aspecto estupendo. Resultó, además, ser un excelente cocinero.

Resultó que los niños no le gustaban demasiado. Los trataba con displicencia y les hacía seguir una rigurosa disciplina. Se ganó el respeto incondicional de sus hijos.

Resultó que tenía la casa como los chorros del oro.

Resultó que, un buen día, Mariló descubrió que su marido la engañaba con la secretaria.

Resultó que tuvieron una bronca de espanto, que su marido le levantó la mano, que el hombre del tambor apareció en aquel momento y tumbó a su marido de un puñetazo.

Resultó que, al día siguiente de la bronca, Mariló pidió el divorcio. Lo consiguió sin problemas y su marido tuvo que pasarle una sustanciosa pensión.

Resultó que el hombre del tambor era tan buen amante como cocinero.

Resultó que, con el sueldo de Mariló y con la pensión de su exmarido, Mariló y el hombre del tambor vivieron felices y comieron perdices (primorosamente cocinadas por él, naturalmente) durante muuuuuuuuuuuchos años.

LA VISITA

Comprendo su sorpresa al verme después de tantos años, señor. Yo, con su permiso, también estoy un poco sorprendida porque no pensé que usted siguiera viviendo en esta casa después de lo que sucedió. Parece mentira, han pasado casi cuarenta años y es como si hubiera sido ayer, ¿no cree? Veo que ha hecho cambios, que ha quitado el papel de las paredes y ha sustituido varios muebles. Yo hubiera hecho lo mismo. En realidad, lo hice en mi casa cuando murió mi marido. La pinté de arriba a abajo, cambié los muebles de sitio y me fui a dormir a otra habitación. En la de matrimonio había estado mi marido de cuerpo presente y, qué quiere que le diga, no podía. Usted no llegó a conocerle, claro, me casé después de dejar esta casa. Le ha quedado muy bonita, señor. Parece que tiene más luz, que es más alegre. Así resulta más fácil convivir con los recuerdos.

¿Ha arreglado la cocina también? Perdonará la curiosidad pero... cómo se lo diría yo, la cocina era el lugar de esta casa que era más mío. La cocina era mi sitio, usted comprende lo que quiero decir. No me diga que ha puesto una de esas modernas vitrocerámicas... Espero que el señor no haya olvidado mis patatas a la importancia, mi cordero al horno y mi arroz con leche. Ah, qué feliz fui entre esas paredes, preparando los platos favoritos de todos ustedes. Su señora madre, no me olvido, se volvía loca con el cardo en salsa de almendras. El señorito Andrés, en cambio, andaba siempre pidiéndome que le hiciera natillas. Pobre señorito Andrés... era apenas un niño, ¿verdad? Y pobre señora... Tan joven, tan hermosa... quién nos iba a decir, señor.

No, gracias, no me gustaba el alcohol y sigue sin gustarme pero... le aceptaría un café. ¿Quiere que lo prepare yo? Todavía me acuerdo de dónde se guardan el café y la cafetera. Qué buenos recuerdos me trae ese aroma... cuántas tardes la señora, que en paz descanse, se sentaba aquí, conmigo, y charlábamos de nuestras cosas... Ella me contaba, ¿sabe?

Seguro que el señor se pregunta el motivo de mi visita. Se lo diré con franqueza: no ha sido una casualidad. No ha sido que algún asunto me haya traído hasta aquí, tan lejos de donde yo vivo, y haya aprovechado para venir a verle. No. He venido a propósito, señor, porque tengo una importante noticia que darle, una muy importante noticia. El señor ha de saber que, desde hace dos días, el señor es viudo.

Sí, no me mire con esa cara. Ya comprendo que esté sorprendido pero... es la verdad: usted enviudó hace cuarenta y ocho horas.

Seguramente el señor se acuerda de un joven mecánico que contrató cuando se jubiló el viejo Pascual, ¿verdad? Pues bien, señor, aquel joven, que se llamaba

Jacinto, lo recuerdo bien, fue quien ayudó a la señora. Ella ya estaba muy cansada, señor, muy harta. De usted, de su señora madre... Jacinto fue quien le dio la idea del accidente y el que le explicó la mejor forma de hacerlo: el coche debía caer al pantano en la mitad del puente, justo donde el agua es más profunda, donde los cienos del fondo no dejarían encontrar los cadáveres. Era un conductor muy bueno, muy hábil, supo cómo hacer derrapar el coche para que las huellas en el asfalto no dejaran lugar a dudas.

Luego los tres se marcharon tan lejos como pudieron. No querían que nadie los encontrara ni que nadie pudiera reconocerlos. Vivieron muy felices todo este tiempo, eran una auténtica familia. Jacinto murió hace dos años y la señora... ya se lo he dicho: hace dos días.

¿Su hijo? Un hombre de bien que ha formado su propia familia. Ahora está triste porque en dos años ha perdido a sus padres (ha oído bien, he dicho sus padres. Porque su hijo siempre dijo que él no había tenido más padre que Jacinto) pero sabe que la vida es así. Es fuerte, como lo era él, y decidido, como la señora. No, no creo que quiera saber nada de usted porque... ¿sabe, señor?... la señora me contaba.

EL HOMBRE Y LA MOMIA.

Va a ser la estrella del Museo Provincial durante los próximos meses. Un generoso préstamo del Arqueológico de la ciudad de M. que permitirá a los ciudadanos disfrutar de su presencia silenciosa y acartonada durante trescientos días con sus noches. Una suerte para la ciudad, fría, oscura y provinciana en la que, desde la Guerra Civil, no ha pasado nada digno de mención, nada que lleve su nombre a las portadas de los periódicos o a las cabeceras de los telediarios.

El hombre aparece cuando faltan veinte días para que la momia vuelva a su lugar de reposo habitual. Al principio nadie se fija en él pero, al ver que su visita se repite día tras día a la misma hora, al ver que cada tarde se sienta frente al sarcófago abierto y pasa dos o tres horas inmóvil con la vista fija en la cabeza de la mujer de Sakkarah, el guardián de la sala empieza a inquietarse. Decide no perder de vista al hombre, vigilarle. Bien podría tratarse de un ladrón, que esperara el momento propicio para hacerse con alguna de las piezas del museo, o, peor aún, de un loco que aprovechara un fallo en la vigilancia para lanzarse sobre la momia y hacerla añicos. Le cuenta lo que pasa al guardián de la sala vecina y acuerdan no decir nada, para no crear una alarma innecesaria, pero no descuidarse ni un segundo.

Diez días, doce, quince... Nada ocurre. El hombre llega cada tarde, se sienta en el mismo banco, se inclina hacia adelante y apoya la cara en las manos. Está tan quieto como la momia de la que no aparta la mirada. A veces, piensa en guardián, parece tan muerto como ella. Ningún movimiento sospechoso, ningún indicio de arma bajo su chaqueta de pana. Qué pensará tantas horas, se pregunta el guardián.

El plazo del préstamo expira y la señora de Sakkarah regresa al Museo Arqueológico de M. El hombre no vuelve a aparecer por el Museo Provincial, la vida continúa con la rutina de siempre y el guardián y su compañero respiran aliviados.

Pero, tres días más tarde, les sorprende la foto del hombre en la portada del periódico regional. “El asesino de la pared”, rezan los titulares. El hombre se ha entregado a la Policía y ha confesado su crimen. En el registro de su domicilio no hay más hallazgos que un tabique medio derribado y, tras él, el cadáver casi momificado de una mujer. Todo parece indicar que el cadáver es el de su suegra, desaparecida veinte años atrás en circunstancias que no llegaron a aclararse.

“Se parecía tanto a ella... –había declarado el hombre-... los mismos huesos afilados, el mismo pelo de estropajo, la misma cara de bruja... Creí que me la habían robado”

ESQUECER

Todo lo que toco se convierte en olvido. Me he dado cuenta esta mañana, cuando fui a coger un libro de la estantería. Hace quince días la vacié por completo, les di a las baldas una mano de reparador (que ya les estaba haciendo falta) y limpié los libros uno a uno. Luego los volví a colocar en su sitio, cada uno en el suyo, el mismo que ocupan hace veinticinco años. Ningún problema en eso, me sabía de memoria el lugar que ocupaba cada volumen y hubiera podido encontrar cualquiera de ellos con los ojos vendados, guiándome sólo por el tacto y la memoria. La jubilación me trajo muchas cosas buenas y la mejor de ellas es, sin duda, disponer de mucho tiempo para lo que más me ha gustado siempre: la lectura. Y esta mañana quise releer “O crime do padre Amaro”. Pero de pronto me encontré frente a la librería, mirando los lomos perfectamente alineados y preguntándome dónde demonios estaba el libro de Queiroz. Quise repasar mentalmente los títulos de cada estante pero sólo conseguí recordar el segundo: Turgueniev, Dovstoievsky, Tolstoi, Chejov, Flaubert y Zola. El resto...

Y en ese momento recordé que, la semana pasada, había sacado mis viejos zapatos de cordón, tan cómodos, tan lustrosos y como nuevos después de diez años, y me los puse para ir a comprar el pan y el periódico. Pero no fui capaz de anudarlos.

Y también recordé que, hace unos días, mi hija Celia llegó a casa con un bebé de cara redonda y ojos grandes. Era tan guapo que no pude evitar sacarlo del cochecito, acunarlo y darle un beso. Luego le pregunté:

—¿Y quién es este jovencito?

Mi hija me miró con una expresión que no supe descifrar.

—Es tu nieto, papá —me contestó— Se llama Antonio, como tú.

Por eso esta tarde, cuando Matilde se ha acercado a darme un beso, me he apartado bruscamente de ella.

—¡No! —he gritado— ¡Ni se te ocurra!

Creo que la he asustado. Tendré que explicárselo. Tendré que decirle que, después de cincuenta años de amor, de cariño, de amistad, de compañía; después de haber pasado juntos tantas cosas buenas y malas, después de haber tenido la inmensa suerte de tenerla conmigo todo este tiempo, he decidido no volver a tocarla. Porque, si vuelvo a tocarla, temo que ella también se convierta en olvido.

NOSOTROS MISMOS

Tenía unas ganas tremendas de hacerlo porque, desde que Saty me había puesto al frente del departamento de Recepción y Distribución de Clientes, no había vuelto al Mundo (lo de las islas Fidji y otras escapadas no cuenta: me refiero a volver al mundo para mezclarme con sus habitantes) Los hombres tienen un algo entre ingenuo y perverso que me fascina. Ingenuo porque, a pesar de ser el último mono (y entiéndase esto tanto en el sentido figurado como en el sentido literal, es decir, evolutivo, de la expresión), se creen los reyes del mambo y perverso porque, precisamente por estar convencidos de que son el summum, son capaces de hacer y hacerse daño de una manera que yo calificaría, como poco, de insensata.

Le pedí a Saty el día libre y le dije a Micky que también se lo pidiera al Jefe (bueno, sí, ya sé que desde hace mucho mi jefe es Saty pero, comprendedlo, Él fue el primero que tuve, para mí, Él siempre será “el Jefe”) Desde luego, era el día ideal para volver al Mundo y mezclarnos con los hombres: nuestro aspecto no llamaría la atención. Micky estaba guapísimo, como siempre. Con su larga túnica blanca ceñida con un cordón azul, su aureola dorada, sus sandalias y su espada flamígera (desde que la usó para echarnos del Paraíso sólo la saca en ocasiones especiales) tenía un aspecto imponente. Yo, aunque no esté bien que sea yo quien lo diga, tampoco estaba nada mal con mi malla negra, mi faldita roja, mis cuernecitos asomando entre los rizos pelirrojos y mi tridente. Desgraciadamente no tengo rabo de modo que, para completar el disfraz, le pedí el suyo a Levy. Me quedaba un poco grande así que, para que no me estorbara demasiado, lo recogía en el brazo con el que sujetaba el tridente. Según Micky, eso le daba verosimilitud al disfraz. Parecía una auténtica diablesa, vamos.

Aterrizamos en lo que parecía la Plaza Mayor de una vieja ciudad. Pensé, con cierto alivio, que no íbamos a tener ningún problema en pasar desapercibidos. ¡Qué muchedumbre, qué alboroto! Hombres, mujeres y niños disfrazados de todo lo imaginable, charangas, malabaristas y paseantes variopintos que admiraban el espectáculo, incluso un gran escenario iluminado con grandes focos en un extremo de la plaza. Un follón, vamos, ni la Sala Grande de Perico Botero en sus mejores tiempos. Yo no tenía bastantes ojos para mirar todo aquello. Pero cuando Micky y yo, cogidos del brazo, empezamos a caminar entre aquel gentío me di cuenta de que mi primera impresión había sido equivocada. ¡Todo el mundo se fijaba en nosotros!. A Micky las mujeres, desde las jovencitas de talle al aire (pese a que hacía un frío casi polar) hasta las señoras de fular de lana y moño repeinado, se lo comían con los ojos, incluso me pareció ver en la mirada de algunas un punto de descaro que rayaba con la provocación. Qué desvergüenza. ¿No veían que iba acompañado?. Claro que... el que yo fuera del brazo de

Micky no impedía a los hombres quedarse con la boca abierta mientras me repasaban con la mirada de arriba a abajo. Según avanzábamos la gente nos iba abriendo paso y, aparte de las miradas, no puedo negar que mi vanidad aumentaba con algunas cosas que alcancé a oír: “Están fantásticos”, “Son guapísimos los dos”... cosas por el estilo.

Cuando nos dimos cuenta, habíamos llegado a un lateral del escenario y el empuje de la gente nos llevaba hacia la parte posterior. Allí, en una zona vallada, un grupo de gente disfrazada parecía esperar algo al margen del jolgorio de la plaza. Entre ellos estaban Los Tres Mosqueteros, un Drácula de afilados colmillos ensangrentados, un grupo de esqueletos que cantaban a coro algo que sonaba como “rascayú, rascayú, rascayú”, un Hada Madrina, una Osa Mayor y una Osa Menor (madre e hija, según supimos más tarde), una María Antonieta con una peluca más alta que la de Madge Simpson, un Nerón (muerto de frío) con su lira y su corona de laurel... Yo me apreté contra Micky y le dije en voz baja “¿Y ahora qué hacemos?” y él me iba a decir algo cuando empezó a sonar una música muy fuerte, el escenario se iluminó más aún y una voz atronadora se impuso a la algarabía de la plaza y empezó un discurso del que no conseguimos entender gran cosa. El grupo de gente disfrazada empezó a moverse lentamente hacia donde estábamos. Entonces Los Tres Mosqueteros se acercaron y nos empujaron hacia una escalera. “Vamos, vamos”, nos animaron, “salid vosotros primero”.

¿Nos podéis imaginar a Micky y a mí en el centro del escenario, completamente desconcertados, deslumbrados por aquellos focos que despedían más calor que muchas de nuestras calderas, ensordecidos por los gritos y los aplausos de la gente y escuchando al hombre de la voz atronadora presentarnos como “Ángel y Demonio”?

No lo vais a creer pero... nos dieron el primer premio en el concurso de disfraces.

CONFITEOR DEO

Una gota de sudor denso y pegajoso brota en la raíz del cabello de don Remigio, desciende por la sien, bordea el nacimiento de la oreja y se desliza cuello abajo por el surco de las venas. Arrodillado frente a él, medio oculto por la cortinilla del confesionario, un angustiado Sebastián intenta explicarse.

—No debí hacerlo, Padre, lo sé. Y también sé que no tengo perdón pero...

Un sollozo sacude los hombros de Sebastián y quiebra su voz. Nuevas gotas de sudor en la frente del sacerdote.

—Tranquilo, hijo...

—...cuando vi que me había engañado, que se había burlado de mí... me puse furioso, me cegó la cólera. Yo siempre había tenido fe en ella, creía que era una mujer honrada...

—Y lo es, hijo, seguro que lo es...

—No diga eso, Padre. Yo no debí golpearla, es cierto, pero una mujer que no se guarda para el que va a ser su marido no puede decirse honrada.

Don Remigio saca el pañuelo del bolsillo de la sotana, se enjuga el sudor y respira hondo antes de empezar a hablar, lentamente y en voz muy baja, de la misericordia infinita del Padre, de la inmensa piedad que el Hijo demostró cuando retó a arrojar la primera piedra, del Amor como primer mandamiento, de la grandeza moral del perdón, que ennoblece a quien lo otorga.

Además, prosigue el sacerdote, quién sabe si la traición es tal, si Sebastián no se había precipitado a juzgarla, si no ocurrió todo mucho antes y Socorro no fue la culpable sino la víctima...

—Si hubiera sido como usted dice, Padre, ella me lo habría contado...

—O no, hijo. A veces la vergüenza es tan grande que es más poderosa que el miedo...

Dolor de contrición, propósito de enmienda. Tres Padrenuestros, dos Ave Marías, un Gloria. Ego te absolvo a peccatis tuis.

El Padre Remigio sale del confesionario y se dirige a la Sacristía. Una vez en su interior cierra la puerta, se arrodilla en el reclinatorio que está bajo la talla del Crucificado, esconde la cara en las manos y trata, una vez más, de rechazar el recuerdo de una piel joven, de unos ojos soñadores y de un olor a hembra que le hicieron perder el control allí mismo, meses atrás, cuando Socorro fue a pedirle consejo sobre la proposición de matrimonio de Sebastián.

Intenta concentrarse en la oración: “Confiteor Deo omnipotenti, beatae Mariae semper virgini, beato Michaeli Archangelo...”. Una humedad salada le llega a los labios y el recuerdo del sabor de otra boca pugna por abrirse paso a través del rezo: “... quia peccavi nimis cogitatione, verbo et opere...”, Sebastián le ha dado una paliza a Socorro, “... mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa...”, ¿por qué permites esto, Señor, por qué permitiste mi pecado, por qué consientes su rabia?, “...et te, pater, orare pro me ad Dominem Deus nostrum”.

“Confiteor Deo omnipotenti...”, “Confiteor Deo omnipotenti...”

Media hora más tarde, cuando la luz que entra por la ventana anuncia el crepúsculo, el padre Remigio se pone en pie. Se santigua ante el crucifijo y luego, muy despacio, se levanta la sotana y se abre la camisa. Lentamente, aguantando el dolor, ciñe un poco más el cilicio que rodea su cintura.

FRAGMENTO DE UN LIBRO QUE NUNCA EXISTIÓ.

“El humor de los Borbones. Anécdotas reales” de J.M. Alonso Buendía, Ed. Muntaner, Valencia, 1980

Cap. XVI

La “Pensión Apolo” estaba situada en la céntrica calle Juan de Austria de Valencia, encima del Teatro del mismo nombre. Era difícil encontrar una habitación libre porque su dueña, Josefa Broch, había conseguido ganarle fama de limpieza a prueba de algodones y excelente cocina.

En la pensión vivían, además de Josefa, su primer marido, de nombre Vicente, varias muchachas de servicio y tres o cuatro privilegiados huéspedes fijos entre los que se contaban un mal sacerdote (que, cuando salía en excursiones de propósito inconfesable, disimulaba la tonsura ennegreciéndola con un tizón de la lumbre) y don Pelayo, militar retirado de pésima vista y peor carácter que había cambiado la gorra del uniforme por un jipi-japa que usaba tanto en verano como en invierno y que dejaba siempre colgado en el perchero del recibidor. Don Pelayo, que pecaba ante todo de soberbia, alardeaba ante los demás huéspedes de sus estrechas relaciones con la Corona y de las muchas condecoraciones que le habían sido concedidas por su heroico comportamiento en antiguas batallas. Sus sobrinos (don Pelayo era, lógicamente, soltero y, también lógicamente, no tenía descendencia reconocida) le habían buscado acomodo en un alojamiento de confianza porque ninguno de ellos soportaba su genio arisco y orgulloso.

Por otra parte, le pensión recibía, de vez en cuando, la visita de Jaime y Vicente, jóvenes, amigos de chanzas y sobrinos de Josefa.

Un buen día, se anunció la visita de SM don Alfonso XIII a la ciudad. Don Pelayo que, como ya se ha dicho, presumía de trato casi íntimo con la familia real, hizo saber a todo el mundo su intención de acudir a recibir al Rey. Ocurrió que al ánimo jocoso de los sobrinos de Josefa se unió un hecho en apariencia intrascendente: por la pensión revoloteaba, sin acabar de encontrar un sitio fijo, un viejo sombrero, idéntico al que usaba don Pelayo, en cuya copa las muchachas de servicio habían ido prendiendo las palmas que caían de las escobas y las pequeñas plumas que se soltaban de los plumeros. Es fácil adivinar la broma que tramaron los dos muchachos.

Y así, el día de la visita de Rey, Jaime y Vicente escondieron el sombrero de don Pelayo, pusieron en su lugar el viejo jipi-japa de copa profusamente adornada y quitaron la bombilla de la lámpara del recibidor. El anciano militar, medio ciego y casi a oscuras, no advirtió el cambio y se lanzó a la calle, compuesto como un pincel y originalmente tocado. Josefa, sus sobrinos y las muchachas de servicio, asomados a un balcón, le vieron caminar calle abajo, con porte erguido y aire displicente. Los transeúntes se volvían a mirarle pero don Pelayo los ignoraba orgullosamente.

Pero, diez minutos más tarde, el militar curtido en mil batallas entraba en la pensión dando un portazo y bramando enfurecido.

—¡Josefa! ¡Josefa!

La dueña acudió a sus gritos.

—¡Mire, Josefa! —vociferó don Pelayo blandiendo el jipi-japa lleno de plumas— ¡Mire!

Josefa, conteniendo la risa a duras penas, se disculpó y echó la culpa a la oscuridad del recibidor.

—¡Qué bochorno, Josefa, qué vergüenza! —seguía gritando el militar— ¡Yo —añadió, poniendo mucho énfasis en el pronombre—, caballero cubierto ante el Rey!... ¿Se imagina que hubiera pasado si me presento así ante Su Majestad? Seguro que Don Alfonso me habría mirado con sorna y me habría dicho: “Pelayo... ¿te has vestido de gala para venir a recibirme?”

CAER TAN ALTO

Un buen día, Severino, el cafre con el que llevaba dos años viviendo, le dio una paliza monumental y la echó de casa argumentando que ya no la soportaba. La realidad era que se había encaprichado de Elvira, la hija de Epifanio el confitero, y Virtuditas, tan dócil, tan resignada, se había convertido en un estorbo. De modo que Virtuditas, después de dos años de soportar todo lo soportable, se vio, de la noche a la mañana, de patitas en la calle, con lo puesto, con poco más de dos mil pesetas en el bolsillo y a seiscientos kilómetros de su familia más cercana.

(Dos años atrás Severino había pasado por el pueblo, la había engatusado con su porte de buen mozo, con su labia de vendedor a domicilio y con la promesa de una vida principesca y la había convencido para que se fuera con él a una ciudad lejana en la que no conocía a nadie. Virtuditas le siguió con los ojos cerrados no sólo porque estaba enamorada de él hasta las cachas sino porque estaba harta de oír decir a su madre que nunca llegaría a nada en esta vida)

Tardó algún tiempo en superar el trauma pero, puesta a la tarea y una vez echado un borrón sobre los desprecios, los abusos y las palizas, apenas le costó dos minutos decidir que Severino había sido el último hombre que se había burlado de ella. Mientras tanto, había podido comprobar que trabajar como asistente no daba para vivir; que sus bronquios de asmática no resistían los vapores de la lejía cuando limpiaba oficinas a las cuatro de la mañana; que los clientes de los bares, amén de dejar poca propina, siempre buscaban el modo de tocarle el culo a la camarera y que no soportaba las cucarachas de la pensión, mucho menos amigables que los insectos del pueblo.

Fue Rosarito (a) La Estepaña, la muchacha alta y descarada que ocupaba la habitación del fondo del pasillo, la que la animó a que probara fortuna.

—Tú porque no te arreglas —le dijo— pero... bien peinada, bien vestida y bien maquillada... seguro que tienes futuro en esto, chica.

Dos años más tarde, Virtuditas hizo un hueco en su agenda y se fue al pueblo a ver a su madre. Cuando le preguntó cómo se ganaba la vida, Virtuditas, que no quería añadir una mentira a cuatro años de ausencia, le contó la verdad a Gertrudis.

—Hacen lo que yo quiero, madre —explicó— Los recibo vestida de cuero, les doy órdenes y se mueren por obedecer, los maltrato y piden más, los insulto y se arrodillan a mis pies, los humillo y besan los tacones de mis botas.

Aquello fue demasiado para el espíritu beato y oscuro de Gertrudis.

—Una mujer no puede caer más bajo —dijo mirándola con desprecio.

Virtuditas se levantó de su asiento, miró la hora en su Rolex de oro, abrió el bolso de Louis Vuitton y, antes de ponerse el abrigo de martas cibelinas, extendió un cheque al portador por valor de millón y medio de pesetas.

—Ni tampoco cobrar más caro, madre —contestó con su mejor sonrisa.

O NO

¡Hola, Luz! ¿Cómo va todo? Espero que estés disfrutando de las vacaciones, que lo estés pasando muy, muy bien. Aprovecha hasta el último minuto, cariño, ya sabes lo que te espera al regreso. Tienes que volver con las pilas bien cargadas.

Por aquí todo igual: muchísimo trabajo. Aprovecho la pausa del café para escribirte, imposible hacerlo en otro momento porque estamos desbordados. Es lo que hemos hablado muchas veces: no es lógico que nosotros, que llevamos el ochenta por ciento del trabajo, tengamos el mismo personal que los de arriba. Pero vete a contárselo a ellos, con lo convencidos que están de que lo suyo es muchísimo más importante. Como si el Registro no fuera igual, como si la Tramitación de Expedientes no fuera la misma. Lo que pasa es que a ellos se les amontona el trabajo por culpa del Jefe. Con la cantidad de años que lleva en esto y el tío no ha cambiado nada. Parece mentira que a estas alturas de la película siga empeñado en que toooooooooodo pase por sus manos. Así, claro, el día que decide tomarse asueto o hay algún evento que requiere su presencia... ¡se paraliza todo el Negociado! La gente se amontona en la sala de espera, las colas crecen y crecen... y luego pasa lo que pasa. Y es que esto ya no es como antes, joer, como cuando empezamos, que éramos cuatro gatos y en media jornada se había resuelto el trabajo del día. Vamos a más y, si seguimos así, o ponen más gente o se inventan días de treinta y seis horas.

Ayer, sin ir más lejos, me tocó subir a sacarles las castañas del fuego. Resulta que el Jefe (su Jefe) tenía una entrevista con Pío, supongo que para tratar temas urgentes, y los dejó colgados con las firmas. La gente seguía llegando y a media tarde, lógicamente, ya no cabía ni un alma. En esto va un fulano, un tío bajito con un bigote ridículo, y empieza a montar un escándalo de padre y muy señor mío. Al parecer, había habido un error de bulto en Gestión y habían mandado su ficha al Registro de arriba cuando el tipo nos correspondía a nosotros. Sin ninguna duda, vamos, tenías que haber visto el expediente. Qué currículo, camarada, pocas veces he visto uno igual. Bueno, pues... el tipo, empeñado en que todo era mentira, se puso a gritar como un loco y, a voz en cuello, empezó a soltar un discurso reivindicativo en medio de todo el gentío. No veas la que se armó. La mayoría protestaban por el alboroto pero algunos empezaron a rodearle y a escucharle con atención... ¡y hasta hubo quien dijo que tenía razón! El pobre Pedro, el del Registro, con lo mayor que está, no pudo con él. Llamó a los de Seguridad pero ya sabes cómo son los de Seguridad de arriba, que parece que se la cogen con papel de fumar: ni un mal gesto, ni una mala palabra. Y, claro, el fulano pasó de ellos, se subió a una silla y siguió vociferando y proclamando que él siempre había luchado por la Verdad, la Justicia y la redención por el Trabajo. ¡Y cada vez eran más los que le hacían coro! La caña el

sujeto, un mago de la seducción, un artista del discurso. Cuando subí y vi la situación pedí refuerzos, claro, no iba a enfrentarme a él en solitario, sobre todo cuando, en vista del éxito obtenido, era posible que le salieran defensores. Subieron cinco de los nuestros y, aunque el tipo se defendió con uñas y dientes, lograron reducirlo. Todavía cuando lo bajaban iba gritando que los campos de trabajo eran campos de trabajo y no otra cosa, que eso de que eran campos de exterminio había sido una calumnia de los aliados. Vaya morro.

Ya ves cómo están las cosas, Luz. Cada día más trabajo. De modo que procura disfrutar lo más posible y prepárate para lo que te espera a la vuelta. Desde luego, el que dijo que en el cielo nunca pasa nada... no tenía ni idea.

Un beso, guapo.

Lucy

LA SOMBRA DE KOBA

—¿Cómo estás, Leo?

Así me saluda Lupe, que acaba de salir a la terraza y de dejar sobre la mesa una jarra de agua fría, lo único que me apetece beber en esta tierra reseca. Se queda mirándome como si esperara una orden, como si sólo hiciera falta que yo expresara un deseo para que ella corriera a satisfacerlo.

Se sienta a mi lado y apoya su mano sobre la mía.

—¿Cómo estás, Leo?— repite

Su voz es musical, cantarina. Se empeña en quitarme la consonante final (y con ella el acento en la última sílaba) y mi nombre suena casi amable en sus labios. Pero echo de menos que alguien me llame Lev Davidovich, como Grigory solía hacer. “Lev Davidovich, camarada, ¿no crees que lo que pretendes es una utopía?”

—Compré duraznos...

Me asombra su piel oscura, me recuerda a la de Frida. Parece tan densa que se diría que nada puede herirla. Sin querer la comparo constantemente con la de Irina, blanca, frágil, casi transparente. Irina... Ya corre 1940, Irina. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde nuestras promesas?. En realidad, da igual cuánto haya sido: parece una eternidad. Desde esta ciudad, luminosa y polvorienta, las demás ciudades en las que he vivido, todos los paisajes que he conocido, todas las casas que he habitado, incluso todos los rostros que alguna vez han estado ante mis ojos, parecen terriblemente lejanos como si, en vez de pertenecer a mi vida, formaran parte de un sueño.

—Leo...

Lupe está preocupada por mí. Cuando llegó a casa al día siguiente del tiroteo y vio la huella de los disparos en las paredes se arrojó en mis brazos gritando mi nombre y hablando tan deprisa que apenas pude entender lo que decía. De repente se había dado cuenta de que algo estaba pasando y ella no sabía lo que era. Iá bami ocheróban, le dije entonces. Nunca le he dicho “te adoro” a ninguna mujer, ni siquiera a Irina, pero a Lupe puedo decírselo porque sé que no me entiende.

Ahora se sienta en el suelo, a mis pies, y apoya la cabeza en mis rodillas. Acaricio su pelo negro y brillante, como seda. Ven, pequeña diosa, niña de piel color canela y ojos como pozos. Te contaré que el otro día, cuando Sheldon y yo salíamos de Museo, una vieja india llena de collares y brazaletes se empeñó en leerme la mano. Veo un martillo cerca de ti, me dijo. Y una hoz, le contesté, casi divertido. Ten cuidado, me advirtió con gesto sombrío.

Claro que tengo que tener cuidado. La sombra de Koba es tan larga como los cauces de todos los ríos soviéticos y tan penetrante como el aire helado de Siberia. Puede llamarse de muchas maneras: NKVD, KGB, GRU... pero siempre es su sombra. Llegó a Prinkipo, llegó a París y a Noruega y ahora ha llegado a Coyoacán. La diferencia entre Koba y el frío siberiano es que del viento gélido de la estepa puedes encontrar con qué protegerte.

Ven, pequeña Lupe. Comeremos duraznos y beberemos agua helada mientras esperamos la caída del sol, un poco de alivio para este calor sofocante. Todavía queda mucho verano, hoy es 19 de agosto.

ASÍ ES LA VIDA.

ACTO III, ESCENA III

(Salón de la casa de Juan. El mismo mobiliario que en escenas anteriores. Luz baja. Juan está sentado en el sofá con la cara escondida entre las manos)

JUAN (sollozando lastimeramente): No es justo, no es justo...

(Entra ELLA por la puerta de la izquierda. Es una mujer joven, alta, delgada, vestida con una larga capa negra con capucha)

ELLA: ¿El qué no es justo?

JUAN (sobresaltándose y limpiándose las lágrimas): ¿Eh? ¿Quién es usted? ¿Por dónde ha entrado?

ELLA (acercándose al sofá mientras habla): Digamos que soy una buena amiga. Y he entrado por la puerta, claro, es la manera más cómoda de entrar en los sitios. ¿Puedo sentarme?... estoy agotada. (Se sienta en el sillón de la izquierda sin esperar respuesta)

JUAN (mirándola con asombro): Curioso traje.

ELLA: Es el uniforme. No está mal, me gusta el color. Siempre es elegante. (Se acomoda los pliegues de la capa y cruza las piernas con gesto coqueto) Y bien, Juan, decías que no es justo. ¿El qué no es justo?

JUAN: No es justo que me haya dejado así, que se haya ido con él... (Pausa y amago de sollozo)... con mi mejor amigo...

ELLA: Eso ha hecho...

JUAN: Sí, eso ha hecho. Después de seis años... He estado seis años trabajando para ella, cuidándola, mimándola, pendiente de sus necesidades, de sus deseos, queriéndola, adorándola... y se va con mi mejor amigo. No es justo.

ELLA (con gesto de fastidio): Qué insistencia con eso de que no es justo... Vamos a ver, Juan, ¿qué es lo que no te parece justo? ¿Qué se haya largado olvidando seis años de entrega y te haya dejado tirado como una colilla?

JUAN: Exactamente.

ELLA: Juan, querido, aclaremos conceptos. Eso no es justo ni injusto. Eso son cosas que pasan.

JUAN: Ah, ¿no? ¿No te parece injusto que haya pagado así mi amor, mi entrega? Eso es injusto, la vida es injusta.

ELLA: Pobre Vida, siempre echándole la culpa de todo. Pobre hermana mía...

JUAN: ¿Hermana?

ELLA: Sí, hermana. Somos hermanas. Gemelas. Univitelinas, para decirlo con un término que puedas entender. Nacimos el mismo día a la misma hora y no podemos existir la una sin la otra. Y mi hermana, Juan, como yo, no hace sino acudir cuando la llaman. Ni ella ni yo tenemos nada que ver con la Justicia, querido.

JUAN: ¿No?

ELLA (Con gesto de fastidio): Joder, pues claro que no. La Justicia es cosa de los hombres, cariño. Los derechos, los deberes... son inventos humanos, constructos necesarios para regular vuestra convivencia. Pero vosotros lo confundís todo. Hay una guerra, una catástrofe, muere un niño pequeño, se mata un hombre joven en un accidente de tráfico y os falta tiempo para clamar “¡No es justo, no es justo!” Y no. Os equivocáis. Son las personas las que actúan de modo justo o injusto, correcto o incorrecto. La Vida y yo nos limitamos a hacer nuestro trabajo y te aseguro que no tiene ninguna relación con la Justicia ni con la Ética. A ver si os enteráis de una puñetera vez.

JUAN (pensativo): Entonces...

ELLA (enfática): entonces... nada. Tu mujer puede haber sido injusta contigo porque ha correspondido a tu amor y a tu entrega con una canallada. Tu mujer, Juan, no la Vida. Si has de enfadarte con alguien enfádate con ella y con tu mejor amigo pero deja a la Vida tranquila, que bastante tiene con salir adelante en este mundo de locos.

JUAN: Ya, pero... lo cierto es que lo hacemos. Decimos que la Vida es injusta, que una muerte prematura, por ejemplo, es injusta...

ELLA: Eso es porque no os aclaráis. Los hombres sois tan torpes a veces... confundís la estadística con el derecho. Que la esperanza de vida sea de ochenta y tres años, por ejemplo, no significa que toooooooooooooo el que nace tenga que alcanzar esa edad ni, de ningún modo, como vosotros decís, que tenga el derecho a alcanzarla. Sólo significa que tiene muchas probabilidades de morir anciano. Nada más. La Vida es un préstamo, Juan, en cualquier momento puede venir su dueño a reclamarla.

JUAN: ¿Su dueño? ¿Dios? ¿Existe Dios?

ELLA (con tono profesional): No estoy autorizada a contestar a esa pregunta.

JUAN: (contrariado) Vaya... tenía auténtica curiosidad...

ELLA: (Se levanta y se coloca la capa) Bueno... ahora que ya te he dicho lo que quería decirte... será mejor que me vaya.

JUAN (levantándose también): Espera, no te marches. Me... me apetece seguir charlando contigo. Desde que... (duda si decir el nombre)... ella se marchó... casi no hablo con nadie... no estoy de humor...

ELLA (pensándolo): Bueno, está bien. Pero... si me quedo... será por poco tiempo. Seguro que me llaman enseguida. Cada día me dais más trabajo: guerras, deforestación, contaminación de los mares... Una ya no sabe dónde acudir primero...

JUAN (animado): Da igual. Me conformo con un ratito. ¿Quieres que nos quedemos aquí o prefieres salir a tomar una copa?

ELLA: ¿Salir a tomar una copa? Por Dios, hace siglos que no hago eso. Ya me gustaría, ya, pero... con esta capa... daré mucho el cante, ¿no?

JUAN: Espera, creo que mi mujer no se ha llevado toda la ropa... (mirándola de arriba a abajo)... yo diría que tenéis la misma talla.

ELLA: Ah, estupendo.

JUAN (yéndose hacia la puerta del fondo): Por cierto, ¿cómo te llamas?

ELLA (pensando en voz alta): Señor, Señor... media hora hablando con él y todavía pregunta cómo me llamo... Mira que son torpes... (A Juan) Bueno... me llaman de muchas formas pero mi nombre es... Tánatos.

TELON

UNA BUENA OBRA

Nunca me han gustado este tipo de proyectos. De hecho, últimamente sólo acepto encargos que, si bien no son simples, sí podríamos llamar poco pretenciosos. Cosas sencillas como casas a orillas del río o el diseño de algunos jardines... esa clase de proyectos pensados para el disfrute de los hombres, no para alimentar su afán de protagonismo. Pero el ansia de notoriedad, la megalomanía de algunos no conoce límites. Y yo tengo la tesis de que cuanto mayor es el tamaño de la obra mayor es el grado de soberbia de los que la promueven, la apoyan y la realizan y mayores, por supuesto, los problemas que surgen.

—¿Estás loco?— le grité a Lud cuando me enseñó los planos— ¿Qué altura dices?

Lud me miró como si respondiera a un desafío.

—Es perfectamente posible hacerlo —contestó—. He estudiado hasta el último detalle, he repasado cien veces los cálculos.

Lud es un gran amigo pero muy cabezota.

—Es un disparate... —insistí

—No lo es. Y voy a hacerlo contigo. Te necesito al frente de la obra.

—Pero yo no voy a hacerlo, Lud —intenté resistirme. No me apetecía nada la perspectiva de pasarme dos años en el valle de Senaar, separado de mi familia—, no puedo hacerlo.

—Lo harás —sentenció

Y lo hice, claro. No tuve más remedio, estaba en deuda con Lud desde el día que, en nuestra juventud, me libró de morir aplastado por una losa de mármol.

Lo cierto es que, al principio, las cosas iban tan bien que me costaba creerlo. Obreros entregados, capataces eficacísimos, ningún parón por falta de ladrillos o brea... Todo perfecto hasta que llegamos al vigésimo segundo nivel pero... la soberbia es uno de los mayores pecados del hombre y acaba pasando factura. Lo supe esta mañana, cuando uno de los capataces llegó a mi oficina desesperado:

—¡Se han vuelto todos locos!— gritaba

Me asomé a la explanada a tiempo de ver cómo un grupo de obreros se acercaba mientras, al parecer, discutían. “¿Kade sa tu jlité?” gritaba uno con los brazos en alto como si interrogara a los dioses. Y otro le contestaba negando con la cabeza: “¡den catalabeno típota!” mientras un tercero se llevaba las manos a la cabeza: “¡ein grose durjainander, ein grose durjainander!”

Creo que vamos a tener problemas.

RUBIO, DE BELLOS OJOS Y APUESTO

Está nervioso, tenso, como siempre antes de entrar en combate. La sangre corre rápida por sus venas y todos sus músculos se contraen anticipando el momento de entrar en acción. Sólo la lucha podrá liberar esa energía que empieza a acumularse en su cuerpo, que ya le aprieta el estómago, le oprime los pulmones y le agujonea la vejiga.

Recuerda su infancia, allá en Gat, y el relato, escuchado de boca de su padre, de la derrota de Bet-Jorón, de las desgracias que se abatieron sobre la ciudad cuando el arca fue llevada allí desde Asdod... Su padre lo envió al ejército en cuanto cumplió doce años.

Lleva cuarenta días subiendo mañana y tarde hasta las filas de los servidores de Saúl y haciéndoles huir con sus gritos y amenazas. Y nadie parece responder a su reto.

Ayer limpió su yelmo, sus grebas y su coraza revestida de escamas y los abrigó hasta que el bronce refulgió bajo el sol de Efes-Dammim. Pulió la punta de su lanza hasta que le pareció que el filo podría partir en dos un cabello.

Se viste despacio, ceremoniosamente, se coloca el yelmo y la coraza, sale de la tienda y se dirige hacia las filas de ataque.

No tiene miedo. Ha combatido en mil batallas y siempre ha vencido a sus enemigos: ninguno ha resistido el empuje de sus seis codos de altura, la fuerza de su lanza. Sólo ha pedido un hombre. Un solo hombre que se enfrente a él. La lucha de los dos pueblos resumida y reducida a una pelea cuerpo a cuerpo. Si los servidores de Saúl aceptan su reto y sus condiciones... la victoria es segura.

Se adelanta unos pasos y se detiene esperando una respuesta a su desafío. Su cuerpo de soldado pide entrar en combate, todas las fibras de sus músculos necesitan sentir el impacto de otro cuerpo y sus oídos echan de menos los gritos del enemigo que se desploma atravesado por la lanza, agonizando. ¿No hay, entre todos los hijos de Israel, alguien que se atreva a medirse con él?

De pronto, una figura se destaca y empieza a avanzar hacia él desde las filas enemigas. Es un muchacho rubio y apuesto, no lleva coraza ni casco ni armas de ninguna clase, tan sólo un cayado, un morral y una honda. Le dan ganas de reír. ¿Ese joven delicado es lo mejor que ha encontrado Saúl en sus ejércitos? ¿Ese pobre pastor es lo mejor que tiene Israel para hacer frente a sus seis codos de altura, a su coraza y a su lanza?

—¿Acaso soy perro —le dice al joven rubio—, pues vienes a mí con palos? Ven hacia mí —le grita— y daré tu carne a las aves del cielo y a las fieras del campo.

El joven pastor mete la mano en el zurrón, saca una piedra y la coloca en la honda.

E LA NAVE VA...

El sistema de gravedad artificial falló cuando la teniente Vayiic se encontraba en la mitad del corredor XXV, camino del Núcleo.

—¡Dios mío! —exclamó al notar la fuerza que la lanzó de espaldas contra el techo en medio de la luz azul del pasillo— ¿Qué más puede fallar?

Giró sobre sí misma para alcanzar las abrazaderas que, a intervalos regulares, jalonaban el techo del pasadizo, y los de toda la nave, y siguió avanzando. No sabía a ciencia cierta por qué se dirigía al Núcleo. Tenía las mismas razones para ir allí que para ir, por ejemplo, a su camarote, tumbarse (bueno, mejor amarrarse, si el sistema de gravedad no se arreglaba espontáneamente) en la litera y continuar con la lectura de “Últimos avances en navegación intergaláctica”; o para ir al vacío puente de mando, sentarse en el sillón del Comandante y extasiarse durante horas con la magnífica vista de las estrellas de Dánae. Pero se dirigía al Núcleo. Tal vez pensaba que allí podía estar la solución, tal vez allí esperaba encontrar la respuesta a todas las preguntas que, desde hacía dos semanas, brotaban en su mente con la fuerza de un géiser.

Todo había empezado cuando perdieron a Morzanh y a Tilmii. Los dos técnicos habían salido a hacer una revisión de rutina de los paneles de proa y, sin que nadie supiera explicarse la causa, el programa que controlaba la Adherencia de Superficie se colgó justo en el momento en que la nave aceleraba. El grito de terror de los dos hombres rasgó el aire del Centro de Control durante un segundo. Fue suficiente para que todos palidieceran imaginando sus cuerpos perdidos en el vacío, abandonados a una angustiosa muerte por asfixia.

Tres días más tarde, el Comandante quedaba atrapado en la Bodega del Nivel IV. Cuando consiguieron abrir la escotilla, encontraron su cuerpo tendido junto a los contenedores de Protox y convertido en una gelatina maloliente, como si estuviera sufriendo un proceso acelerado de putrefacción.

Esa misma noche perdieron el contacto con Géminis, la Tercera Estación. Por más que lo intentaron, no consiguieron ponerse en contacto con Taurus. Con Aries ni siquiera lo intentaron. Al día siguiente, una caída general de los Sistemas de Navegación Automáticos les obligó a rehacer los cálculos de la trayectoria y a utilizar los Sistemas de Navegación de Emergencia.

Al Comandante le siguieron Krishann y Goriet, abrasados por un escape radiactivo del V reactor y, finalmente, Asartizc, a quien la teniente Vayiic acababa de dejar en su camarote, caído en el suelo del cuarto de baño, hinchado como un odre y amoratado como si le hubieran estallado todas las venas.

Llegó a la entrada del Núcleo, apoyó la barbilla en el Lector de Iris y esperó a que se abriera la escotilla. Una vez dentro, se dirigió al centro de la sala y descendió hasta acomodarse en el sillón del Panel Central. A su alrededor, todos los pilotos del Ordenador Alfa parpadeaban correctamente. “Espero que tú no hayas fallado, Odiseo”, pensó mientras se abrochaba el cinturón que la mantendría sujeta al asiento.

Una pantalla de color azul se cuajó en el aire, a un metro de los ojos de la teniente Vayiic.

“Acabo de encontrar a Asartizc muerto en su camarote —tecleó—. Procura no estropearlo ahora porque Asartizc era el único que sabía arreglarlo”

En la pantalla apareció el icono redondo y amarillo de una sonrisa.

“Nos hemos quedado solos, Odiseo —continuó— Tú, yo, la nave y el inmenso mar de estrellas de ahí fuera”

La pantalla mostró una enorme boca de labios rojos.

“No se preocupe, teniente —contestaba Odiseo—. Yo me encargo de todo”

EL UNO Y EL OTRO

El Uno nació en Alópeke, de la tribu antióquida. No se sabe casi nada de sus padres. Hay quien dice que el padre era escultor, pero no parece una hipótesis bien fundada. De su madre se ha dicho que era comadrona. En cualquier caso, procedería de una familia lo suficientemente acomodada como para permitirle servir en el ejército como hoplita, es decir, armado de pies a cabeza.

Era de complexión robusta y tenía gran capacidad de resistencia aunque algunos dijeron de él que se pavoneaba como una gallina y ridiculizaron su costumbre de girar los ojos en todas direcciones. Llevaba la misma ropa en verano y en invierno y caminaba descalzo.

No tuvo claro a qué quería dedicarse hasta que un día, con su amigo Querofonte, hizo una visita a Delfos. Allí decidió que su misión sería la búsqueda de la verdad, de la auténtica sabiduría.

Se dice que no tuvo “mazetai” sino “hetairoi”.

Su actitud vital, completamente comprometida con un comportamiento moral, le llevó a un juicio por impiedad tramado por sus enemigos. Rehuyó la opción del destierro e hizo frente al juicio que concluyó, finalmente, con su condena a muerte.

Pasó sus últimas horas departiendo con sus amigos sobre la inmortalidad del alma. Ya moribundo, pronunció sus últimas palabras: “Critón, le debemos un gallo a Esculapio”

El Otro nació de la estirpe de David en un lugar llamado “Casa de pan”. Su padre era ebanista y su madre, pese al origen humilde de la familia, llegaría a ser muy conocida.

Era delgado y fibroso, de piel muy oscura, de rostro fino y expresión serena. Dicen que dicen que los que le conocieron decían que tenía un magnetismo especial.

Desde pequeño supo cuál era su misión (se cuenta que a los doce años discutió con los sabios de la capital poniéndoles en aprietos con sus preguntas) pero esperó a la madurez antes de emprender la tarea que le había sido encomendada.

Predicó la caridad, la bondad de espíritu, la misericordia, la compasión, la humildad... pero, sobre todo, predicó el amor. Nunca tuvo “hagayik” sino “talmuyiv”.

Sus enemigos, temerosos de que sus ideas revolucionarias y su influencia en el pueblo acabaran removiendo los cimientos del poder religioso que detentaban,

buscaron la forma de traicionarle y lo entregaron a las autoridades políticas. Tras un juicio con barniz de legalidad -y una sola sentencia posible- fue condenado a muerte.

Pasó sus últimas horas con su madre y con sus amigos. Lo último que dijo fue: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.

Sobre la base del pensamiento del Uno se levantó el edificio de la filosofía occidental.

Sobre la base de las enseñanzas del Otro se levantó una de las cuatro religiones más importantes del orbe.

Ninguno de los dos escribió jamás una palabra.

TIENEN RAZÓN.

No sé qué hacer, realmente. Estoy muy confundida. Pienso en todas las opciones que existen y ninguna me satisface por completo. Me preocupa, sobre todo, que él esté esperando que su padre y yo hagamos algo para resolver la situación y que lo que hagamos no esté a la altura de lo que espera. Me aterra la idea de que piense que no nos preocupamos por él, no quiero defraudarle. Pero es que es tan complicado... ¿Qué se supone que unos padres deben hacer cuando su hijo viene todos los días diciendo que en la escuela sus compañeros le llaman “Orejotas”? ¿Deberíamos, tal vez, ir a la escuela, hablar con la Directora y pedirle que tome medidas al respecto? Que castigue a los alumnos que se meten con él, por ejemplo. Claro que... si creemos lo que el niño nos cuenta... la directora tendría que castigar a toda la clase, parece ser que ninguno se priva. Qué crueles son los niños, qué poco les cuesta ensañarse con el más débil, con el diferente. Y no creo que fuera la solución definitiva. A fin de cuentas... los niños suelen actuar a la contra: baste que se les prohíba algo para que se empeñen en hacerlo.

¿Tal vez sería mejor quitarle importancia al asunto, decirle a nuestro hijo que no se preocupe, que ya se aburrirán y dejarán de meterse con él en cuanto vean que no les hace caso y que no le afectan sus burlas? Cuando vaya a la Escuela de Aprendizaje todo cambiará porque los alumnos allí son diferentes pero... ¡aún faltan tres años!

¡Por todas las galaxias del Universo!... tanto su padre como yo le hemos inculcado, desde pequeño, la idea de que las cosas realmente importantes están más allá de la apariencia, de que ha de cultivar su espíritu y su mente por encima de todo si quiere llegar a ser una persona íntegra y honrada. Y ahora... todas nuestras enseñanzas, todos nuestros consejos se hacen añicos ante el ataque estúpido de una pandilla de maleducados. Nuestro hijo creerá que le hemos estado engañando toda la vida, que lo que importa de verdad no son los buenos sentimientos o una voluntad recta sino tener una cara de hermosas facciones o medir más de un metro cincuenta.

No sé qué hacer. Esperaré a la semana que viene y, cuando su padre regrese del Curso de Perfeccionamiento, buscaremos juntos una solución. Mientras... intentaré que no piense en el asunto y que no note mi preocupación. Aunque no sé si podré engañarle, es un niño muy, muy listo. A veces tengo la sensación de que me lee el pensamiento.

Ah, aquí llega. Veremos cómo se han portado hoy esos patanes que tiene por compañeros.

—¡Yoda, cariño! ¿Qué tal en la escuela?

NOSOTROS

Llevábamos demasiado whisky encima (yo también, lo reconozco ahora, enojada conmigo misma, porque no me gusta pasarme de la raya ni un milímetro y aquella noche me pasé, y cómo) y demasiado Dylan dentro, Dylan calado hasta los huesos desde nuestra juventud (desde que su primera canción o su primer poema nos alcanzaron y nos dejaron heridos para siempre) hasta aquella noche, en un bar perdido de una ciudad perdida, donde no sonaba otra cosa que sus canciones. También llevábamos encima demasiadas cosas de esas que se arrastran, como una carga inevitable, a lo largo de toda una vida, de esas que pesan tanto. No intento justificar nada, que conste, sólo explicarlo, aunque no sé si algo como aquello tiene explicación.

Nos encontramos como se encontrarían dos antipartículas que hubieran estado buscándose desde el Big Bang: casi desesperadas de tanto vagar por el tiempo y el espacio pero seguras de que, a pesar de todo, su destino se cumpliría.

—¿Jack Daniels? —preguntó mirando mi vaso

—Jack Daniels —confirmé mirando el suyo, que era idéntico al mío.

Empezó a sonar “Forever young”.

—Bonita canción —dijo ensayando una sonrisa

—Preciosa —confirmé—. Hace algún tiempo, un amigo me la regaló por mi cumpleaños...

—Ese amigo te debía de querer mucho... —insinuó levantando el vaso y amagando un brindis.

—Eso parecía —dije, sin atreverme a pisar el terreno de la certidumbre.

Y ahí empezó todo. O tal vez habría que decir que ahí acabó todo, que ahí acabó la búsqueda que habíamos iniciado muchos años atrás sin saberlo, sin saber que existíamos, sin saber que, en cada canción que escuchábamos, en cada página que escribíamos, en cada estrella fugaz a la que pedíamos un deseo, en cada boca que besábamos, nos estábamos buscando.

Durante tres horas y casi una botella de Jack Daniel’s hablamos sin parar. Yo más, lo reconozco también, él se mostró más propenso a unos silencios que entretenía mirándome a los ojos, como si quisiera descubrir en ellos todo lo que mis palabras no alcanzaban de decir; aunque yo también callé a veces, hablo mucho, es cierto, pero también lo es que sé escuchar como nadie.

—My love she speaks like silence —tarareó en uno de esos momentos. Y yo sonreí para que no se me notara el temblor de las manos.

Al salir del bar, justo cuando acababa de sonar “Desolation row”, me pasó un brazo por los hombros, me estrechó contra él y me besó en la frente. Y yo cerré los ojos y le abracé sin decir nada.

Cuando abrió la puerta de la habitación del hotel (la 32025, no se me olvida) no me cedió el paso. Entró delante de mí, se hizo a un lado y con un gesto amplio del brazo (como quien da un natural, como quien tiende un capote) me invitó a entrar.

—Come in —he said—, I’ll give you shelter from the storm.

Y yo tuve la certeza de que lo haría.

A la mañana siguiente la habitación parecía un campo de batalla. Tampoco me extrañó. A fin de cuentas, lo que allí había sucedido se parecía más a una lucha que a cualquier otra cosa. Una lucha por conseguir, para el otro, el beso más profundo, la caricia más intensa, el placer más hondo; una lucha por subir a la cumbre más alta, la más difícil de escalar, la más pura; una lucha por alcanzar un lugar en el que ninguno de los dos hubiera estado antes.

Creo que lo logramos.

Sé que en algún momento de la noche saqué la cabeza de aquel baño de felicidad, abrí los ojos y, respirando un poco de realidad, pensé en el día siguiente, en las rutinas que nos aguardaban implacables, en el todos los días sin sentido, en el vacío que, a partir de aquella noche, nos consumiría.

—Mañana... —murmuré

Pero no me dejó continuar. Me abrazó y me besó de tal manera que consiguió que aquellos instantes me parecieran eternos.

—Queda mucho para mañana —dijo.

QUÉ CERCA ESTÁ LA META

—Et bien —dijo el doctor guardándose el martillo de reflejos en el bolsillo de la bata y dándole una palmada en el muslo—..., parece que no hay nada serio. Pero —continuó— si crees que lo necesitas, puedo darte algo suave para que esta noche duermas bien.

No, no quería nada que le ayudara a dormir. No lo necesitaba. Lo importante era que no había nada aparte del dolor de la torcedura, que ya estaba desapareciendo arrastrado por el analgésico que le había inyectado el enfermero. De haber dependido de él ni siquiera se habría acercado a la Unidad Médica pero el Jefe de Equipo había perdido los nervios al ver su gesto de dolor y poco había faltado para que lo llevaran en volandas hasta el consultorio. Ya se sabe lo que son estas cosas, sobre todo el día antes. Que el piloto se tuerza un tobillo es un drama sólo comparable a que los ingenieros descubran en el paddock que la válvula de admisión de la gasolina falla al pasar de diez mil vueltas.

—Gracias, doctor.

El tobillo apenas se resintió cuando puso el pie en el suelo. El doctor le pasó un brazo por encima del hombro amigablemente.

—Te acompaño.

Salieron al aire libre. El rugido de los motores a lo lejos actuó como un potente estimulante. Allí estaba el enemigo al que había que vencer, el rival al que había que demostrar quién era más fuerte. Rectas y curvas eran las únicas armas de aquel anillo de asfalto retorcido mientras las suyas, las de él y las de todos los que se sentaban en aquellos cubículos imposibles y cogían el volante, eran, ante todo, la resistencia al vértigo de la velocidad casi imposible y la sensación segura de que carrocería, motor, volante..., todas las piezas de la máquina, eran una prolongación precisa y bien entrenada de la potencia de sus músculos, los siervos obedientes de las órdenes de su cerebro. Los demás conductores no importaban o importaban menos. Adelantar a un contrincante era relativamente sencillo: sólo había que conocer sus gustos, sus manías, su forma de competir, saber el alcance de su máquina, y, conociendo el circuito, buscar el momento oportuno. Lo realmente difícil era conseguir salir con éxito, vuelta tras vuelta, de una curva como la de Tamborello.

—¿De verdad no quieres nada? —insistió el doctor.

No, no quería nada. Cuando uno toma una decisión asume todas las consecuencias. Él era piloto de Fórmula 1 y en la Fórmula 1 los pilotos, a veces, se

mataban. Pero también se caen los albañiles de los andamios y se asfixian los mineros con las emanaciones de grisú. Cada profesión tiene sus riesgos.

—No, doctor, gracias.

—La verdad es que te veo muy tranquilo... y me extraña un poco. Desde que nacemos todos llevamos la muerte en los talones pero algunos os empeñáis en facilitarle el trabajo.

Levantó la cabeza y sonrió al cielo nublado y lluvioso de finales de abril.

—Es que... ¿sabe una cosa, doctor? Estoy seguro de que lo que le ha pasado a Ratzenberger jamás va a pasarme a mí.

El doctor miró a lo lejos, a las gradas de la tribuna.

—No sabes cuánto me alegra oírte decir eso, Ayrton.

UN AMIGO LLAMADO MICKY

No tuve tiempo ni de apuntarme al paro. Cuarenta y ocho horas después de que el Jefe me despidiera ya había recibido la oferta de Saty. No lo pensé mucho, la verdad, acepté casi de inmediato (sólo me hice de rogar lo justo para que no se notara que estaba deseando) porque... ¿qué otra opción tenía?. Tal como estaba el mercado laboral... ninguna, ciertamente. Era impensable que el Jefe se arrepintiera y volviera a admitirme así que no tuve más remedio que pasarme con armas y bagajes a la competencia.

A Saty lo conocía de vista, de los primeros tiempos de negocio, cuando todos trabajábamos en lo mismo. Siempre me pareció un tipo muy listo, quizá demasiado, y un poco impertinente y preguntón: “Y eso de la costilla... ¿no ha sido una chapuza, Jefe?” “¿Para qué un Universo tan grande si nunca van a poder llegar al final? ¿O es que tenías ganas de lucirte?” Como comprenderéis, al Jefe, que tampoco es un ejemplo de humildad, estas cosas no le hacían demasiada gracia. Y acabaron discutiendo, claro.

Pero, dejando aparte los aires de suficiencia y ese orgullo a veces puñetero, lo cierto es que Saty es un buen Jefe. Sabe lo que quiere y cómo lo quiere; sabe organizar, mandar, delegar y sabe crear equipo. Ha conseguido convencernos a todos de la importancia de nuestra tarea, del papel fundamental que jugamos en la Historia del Universo. Yo, la verdad, trabajo muy a gusto con él. Claro que...

Voy a contároslo. Todo empezó el mismo día de la Expulsión. Me dirigía a la salida del Paraíso detrás de Eve y Adam, que caminaban llorosos y compungidos delante de mí, cuando le vi junto a la puerta. La espada flamígera que sostenía con el brazo izquierdo nos señalaba el camino; su gesto terrible y su mirada afilada parecían decirnos que no merecíamos vivir en aquel Jardín. Sin embargo, al pasar a su lado, me miró y, tal vez ilusamente, creí ver en su rostro un asomo de tristeza como si, en el fondo, no le gustara lo que estaba haciendo.

Ya en el exterior, Eve y Adam siguieron caminando y a los pocos minutos los perdí de vista. Yo me quedé por allí remoloneando, confusa, sin saber qué hacer y sin decidirme a pensar en mi futuro, esperando no sabía qué. Cuando la puerta del Paraíso se abrió lentamente y Micky apareció con aire furtivo supe qué era lo que había estado esperando. Se acercó.

—Lucy —me dijo en voz baja—, quiero que sepas que estoy muy disgustado. Lo que ha hecho el Jefe es una canallada.

¡Ay, amigos! Vosotros no le conocéis como yo. Esas estampas que estáis acostumbrados a ver y que lo representan pálido y rubio no le hacen justicia. No, no, no. En realidad, Micky es más bien color canela, tiene el cabello castaño con

reflejos, eso sí, dorados y unos ojos que, según la luz, varían del café con leche al verde musgo. Lo que se dice un tíobueno. Su voz suena a música celestial (me pregunto si podría ser de otra manera) y, por si todo esto fuera poco, es un gran tipo. Buena gente, en serio.

Aquella tarde charlamos un buen rato, todo lo que podía durar su ausencia antes de que el Jefe lo echara en falta, ya sabéis que es su mano derecha. Cuando acepté la oferta de Saty fui enseguida a contárselo y nos reímos mucho al ver que íbamos a trabajar en empresas rivales.

—Bueno —dijo entonces sonriéndome y mirándome de una manera que casi me caigo de espaldas—... el trabajo es el trabajo pero nosotros somos nosotros.

Yo estaba de bajón, lo reconozco, pero poneos la mano en el corazón y decidme si os hubierais resistido a una frase así.

Y, desde entonces, seguimos viéndonos. Casi todos los días. Y el día que no nos vemos... es como si algo me faltara. No puedo hacer nada, me siento a gusto con él. Es inteligente, divertido, cariñoso... y encima guapo de caerse, el jodío. Cuando estoy a su lado... el mundo es distinto. Creo que entendéis a qué me refiero.

La otra tarde tuvimos un poco de tiempo y nos dejamos caer por las islas Fidji. Nos sentamos en una playa de arena blanca y finísima, Micky me pasó un brazo por el hombro y asistimos a la puesta de sol más espectacular que yo haya visto nunca. Una gozada.

Ya sé lo que me vais a decir: que me estoy arriesgando demasiado, que es una locura, que me estoy jugando el empleo pero... qué queréis que haga, no puedo evitarlo, no puedo renunciar a Micky. Sólo me queda confiar en que Saty no se entere nunca.

EL PESO DEL MUNDO

“Hoy no he visto más que miserias”, pensó Lisa, desolada, tirando el bolso sobre la mesa y dejándose caer en el sillón.

A Lisa eso de no ver más que miserias le pasaba, desde pequeña, con relativa frecuencia. Un día hizo memoria y recordó la primera vez que había sentido esa extraña angustia que, cada cierto tiempo, le asustaba el corazón y a la que entonces (debía tener cinco años) no había sabido darle nombre. Iba de regreso a casa después de las clases de la tarde y, al pasar por el puente sobre el arroyo, vio a un muchacho algo mayor que ella que se disponía a tirar algo al agua que corría más abajo. Se acercó, curiosa, y cuando vio la camada de cachorros, inquietos y gimientes, se le aflojaron tanto las piernas que temió caer al suelo.

—¿Por qué los tiras? —preguntó casi sin aire y con un tono que se diría que el muchacho iba a cometer un crimen atroz.

—No se pueden criar seis cachorros —respondió el chico como el que responde una obviedad.

Durante mucho tiempo no pudo sacarse de la cabeza aquellos perritos de pelo brillante y ojos cerrados. Pensaba que le hubiera gustado criarlos, casi lloraba cuando los imaginaba ahogándose en las aguas revueltas del arroyo.

A medida que pasaban los años, el número de cosas que a Lisa le encogían el corazón fue en aumento. A veces era el paso fatigoso y abatido de un desconocido con el que se cruzaba por la calle, a veces eran los ojos tristes de un niño sucio y mal vestido, a veces la mirada suplicante de un mendigo. Pero, sobre todo, el sufrimiento de los demás (tan constante, tan cercano en la televisión, en los periódicos) le hacía sentir un dolor tan profundo que a veces temía no llegar a superarlo.

Sin saberlo, Lisa deseaba un mundo feliz, un mundo donde nadie muriera de hambre, donde un hubiera guerras ni injusticias, donde nadie sufriera. Un mundo en el que fuera posible criar seis cachorros de perro. Sin saberlo, Lisa llevaba todas las penas y miserias del mundo a sus espaldas.

Un día encontró en un libro una palabra: weltschmerz.. “Esto es lo que me pasa a mí”, pensó, “me duele el mundo”. Pero el alivio de encontrar un diagnóstico, de ponerle nombre a su mal, no la ayudó a superarlo. A algunas personas el corazón se les acaba endureciendo con el tiempo pero Lisa no había tenido esa suerte.

Buscó un cigarrillo en el fondo de su bolso, lo encendió y salió a la terraza que se elevaba diez pisos sobre la calle. Fumó despacio mientras la tarde caía frente a ella. Cuando dio la última calada ya había tomado una decisión. Se arrojó al vacío detrás de la colilla: no podía soportar el peso del mundo por más tiempo.

AMIGOS

Se detuvo frente al escaparate de la tienda de delicatessen y buscó con la mirada algo que pudiera sorprender a Oscar y a Sonia. Cuando Sonia le dijo que le esperaban a cenar, Oscar se adelantó y le ahorró tener que decidir entre una botella de vino para todos o bombones para ella. “Sorpréndenos”, dijo con su mejor sonrisa.

Jodido Oscar, condiscípulo del colegio de jesuitas desde primero de bachillerato, camarada de escaramuzas políticas en la Facultad, compañero de habitación en el colegio mayor, colega inseparable de aventuras, juergas y borracheras. Jodido padrino de boda.

Oscar había tenido más suerte que él, desde luego. A él Sonia no le había dejado, como había hecho Alicia después de quince años, alegando que no soportaba más la presencia constante de su amigo y de su mujer. En eso Sonia y Alicia siempre fueron distintas. Mientras Sonia había disfrutado, desde el principio, de la amistad que había entre ambos y se había esforzado por que la compartieran con ella, Alicia se había pasado diecisiete años (empezaba a darse cuenta) intentando distanciarlos.

Pero era absurdo buscar motivos precisamente ahora, cuando ya lo peor había pasado, cuando ya había conseguido acostumbrarse a que no hubiera nadie en casa esperándole, cuando ya le había cogido el tranquillo a la aspiradora y había ensayado casi todas las recetas del libro de Arguiñano. Precisamente ahora cuando la víspera, en la sobremesa de un almuerzo en el que Oscar se había lucido especialmente, había sucedido algo que (no lo había sabido hasta que ocurrió) tal vez llevaba muchos años deseando.

Sonia sirvió el café y el whisky pero no se sentó con ellos. “Vuelvo enseguida”, dijo. Y volvió, en efecto, a los pocos minutos, llevando por toda indumentaria un sujetador y un tanga blancos y unas sandalias negras de tacón. Al pasar por su lado deslizó suavemente la mano por su espalda, le sonrió y, haciendo caso omiso de la expresión de su cara, se acercó a Oscar y le besó en la boca. Luego, sinuosamente, se fue agachando hasta quedar arrodillada entre sus piernas y empezó a desabrocharle los pantalones. Aún no se había hecho a la idea de que lo que estaba sucediendo no era una alucinación cuando Oscar levantó la vista y, mirándole con expresión divertida, apartó la tira posterior del tanga de Sonia e hizo un gesto que era, inequívocamente, una invitación a participar.

Se apartó del escaparate de la tienda de delicatessen. “Jodido Oscar”, pensó, “no podías a dejarme solo, no podías dejar que mi corazón se convirtiera en un cazador solitario”. Cruzó la calle y entró en la Sex-Shop. Sonrió al imaginar la cara de sorpresa que se les pondría a Oscar y a Sonia cuando vieran las bolas chinas.

LA DECISIÓN

Mejor no esperar al día siguiente, mejor salir esa misma noche. Tenía la impresión de que, cualquiera que fuese el lugar elegido para pernoctar (la casa que Justi le había ofrecido amablemente, el pequeño hostel del pueblo), no conseguiría conciliar el sueño. Y no tenía sentido quedarse allí ni un minuto más cuando todo (los muebles, la ropa, los libros, los discos... los últimos veinte años de su vida, en suma) había quedado embalado y listo para que la empresa de mudanzas pasara a recogerlo.

Enterrada su madre, dispuesto todo para la venta de la casa, aquel montón de cajas precintadas y aquellos muebles embalados en burbujas eran lo único que le quedaba después de veinte años de servidumbre, de olvido de sí mismo, de entrega obligada a una causa que nunca quiso suya.

“Tal vez el día que me pariste me dieras la vida, madre”, pensó, “pero he tenido que devolvértela día a día”.

“Germán, cariño...”, sonaba lastimera la voz de su madre al teléfono, “... necesito que vengas”. “Germán, cielo...”, llamaba angustiada desde la alcoba, “... tráeme el calmante”. “Germán, tesoro...” murmuraba tristemente cada vez que él empezaba a frecuentar la compañía de una mujer, “... esa chica no me gusta para ti”

Salió del pueblo por la calle mayor buscando la carretera que le llevaría a la autopista. Hizo el stop, giró a la derecha y se dispuso a recorrer cuarenta kilómetros sin una sola curva.

Puso la primera, aceleró un poco, puso la segunda (“Ya está, Germán, se dijo, ya te estás yendo”), aceleró otra vez haciendo gruñir al motor (“Se acabó, se acabó. A partir de ahora tu vida es tuya...”) y metió la tercera con gesto decidido (“Nadie va a decirte ahora lo que tienes que hacer, nadie”) Miró alrededor, a la noche clara, al paisaje de sombras, volvió a acelerar (“Ahora sólo harás lo que tú quieras hacer...”), metió la cuarta.

De súbito, con la certeza y la angustia de una revelación insoportable, sintió el peso abrumador de la libertad recién estrenada

—¿Qué voy a hacer ahora?

No tenía amigos porque, a lo largo de veinte años, los había ido perdiendo poco a poco; no tenía aficiones porque, en veinte años, sólo había podido convertirse en un experto cuidador de madres quejumbrosas. A partir de aquella noche dispondría de todo el tiempo del mundo pero... no sabía en qué emplearlo.

Aceleró, pasó a quinta, siguió acelerando y cuando llegó a ciento ochenta apagó las luces. La carretera, asombrosamente recta hasta el horizonte, brilló como una cinta de aluminio bajo la luz de la luna llena.

Fijó la vista en el punto más lejano, en el lugar donde el cielo y la tierra convergían y el asfalto se convertía en un punto plateado flanqueado por la silueta oscura de las lomas.

Y deseó que el coche tuviera quinientas marchas, que la carretera llegara hasta el infinito, que el viaje no acabara nunca.

CUANDO MENOS SE ESPERA

Supongo que a nadie le interesa una vida como la mía, una vida predeterminada, rigurosamente planificada de principio a fin, una vida en la que no caben variaciones ni cambios de rumbo...

Sin embargo, ahora que está llegando a su fin, ahora que mi tiempo está casi cumplido, miro atrás y, aunque la posibilidad de una vida distinta no deja de resultarme tentadora, he de reconocer a la postre que no ha sido tan mala. Incluso pienso, ahora que la madurez ha serenado mis juicios, que muchos habrían preferido mil veces la indudable comodidad del destino inamovible y la certeza de una ruta señalada de antemano, a la incertidumbre y la zozobra de la elección constante, la congoja de la responsabilidad, el peso a veces angustioso de las propias decisiones. Cuántos cambiarían, sin dudarlo, sus vidas inciertas y atribuladas por este destino mío, fijo, inmutable, en el que el azar no tiene cabida, que apenas está sujeto a las alteraciones que pueda suponer una primavera demasiado lluviosa o un verano poco caluroso.

Sí. Pensándolo bien, no ha sido tan terrible saber que cada mañana contemplaría el mismo paisaje suavemente ondulado, verde y tranquilo, las mismas casitas de frondosos y cuidados jardines, las mismas aves, los mismos vecinos...

Hablando de vecinos... aquí llega nuestro amigo, el pensador de Woolsthorpe. Ha regresado hace poco de Cambridge, ignoro el motivo aunque se han oído rumores acerca de una epidemia de peste. Qué hombre éste tan extraño... siempre con ese aire ensimismado, meditabundo, reflexivo... Al verle, cualquiera diría que en su mente se están gestando ideas que han de dividir en dos la historia del mundo.

Hoy parece cansado. Tal vez ha pasado una mala noche. Tal vez esos pensamientos que lo tienen tan absorto no le han dejado dormir.

¡Vaya! Ahora empieza a soplar este vientecillo templado... No es muy fuerte pero no me gustan estos aires pacíficos que soplan a la hora del té. Son traicioneros y tienden a convertirse en auténticos vendavales a la menor oportunidad.

Debe estar muy fatigado nuestro amigo, sí. Acaba de recostarse sobre la hierba y ha entornado los ojos...

¿No lo dije? Es como si Bóreas me hubiera escuchado y quisiera darme la razón: la lenta brisa de hace unos minutos se está convirtiendo en un viento que gana fuerza por momentos. Qué forma de agitar las ramas, qué forma de levantar la hojarasca...

¡Por todos los diablos del infierno!... ¿qué estoy viendo? ¡Mi pedúnculo! ¡Mi pedúnculo está a punto de desgajarse de la rama! ¡Oh, Dios mío!, si se suelta ahora...

si se suelta ahora no sólo habrá acabado mi vida dependiente sino que... ¡iré a caer justo en la coronilla de nuestro querido vecino, el señor Newton!

LA MAYOR DISTANCIA

Como venía haciendo desde hacía dos meses, a eso de la una y media se acercó a la ventana y cogió los prismáticos. A esa hora los vecinos que habían ocupado el chalet de los Castro solían bajar a la piscina, en una rutina que habían abandonado en muy pocas ocasiones. Primero llegaba ella, alta, bronceada, perezosa como si acabara de levantarse, extendía la toalla y se tumbaba en la hamaca de colchonetas amarillas y, al cabo de un rato, aparecía él, generalmente en traje de baño o pantalón corto, con dos copas triangulares en las que sin duda se acomodaba un martini o con dos tulipas de champán dorado. Entonces ella se incorporaba, tomaba la copa que él le ofrecía, brindaba con él y daba un pequeño sorbo. Luego dejaba la copa sobre la mesa en la que antes había dejado las gafas oscuras y el libro que leía a ratos y volvía a ofrecerse al sol como una diosa yacente.

Nunca la vio bañarse, quizá lo hacía cuando él bajaba a comer o quizá no le gustaba nadar. Su marido (o lo que fuera) sí lo hacía, justo después del primer sorbo de champán o martini, hacía varios largos con brazadas lentas y armoniosas y luego se secaba con movimientos rápidos, se acababa la bebida de un trago y desaparecía en el interior de la casa.

Eran las dos menos diez y los vecinos no daban señales de vida. Estaba a punto de abandonar la observación, convencido de que ya no aparecerían, cuando la mujer entró en su campo visual, desde la izquierda. Notó que se le aceleraba el corazón mientras la seguía hasta la tumbona. Caminaba lentamente, como si estuviera cansada, y llevaba un biquini negro, diminuto. No había hecho más que acomodarse boca abajo cuando llegó el marido, por la izquierda también, acompañado de otro hombre, los dos en traje de baño. Llegaron hasta la mujer y entonces el marido se inclinó sobre ella, le dijo algo al oído y la besó en el cuello. Luego se sentó a su lado, cogió un frasco que había sobre la mesa y empezó a darle crema en la espalda. Todo normal al principio (aunque a él un pequeño nudo se le había apretado en la garganta), parecía el típico caso de marido atento que embadurna a su esposa para que no acabe con quemaduras de segundo grado pero, de pronto, el hombre soltó el cierre del sujetador y a partir de aquel momento sus movimientos dejaron de ser inocentes: acariciaban los costados rozando el pecho, descendían lentamente hacia las caderas, empujaban hacia abajo el tanga. Mientras, el otro hombre, miraba fumando despacio, sonriendo a medias.

El marido se levantó, se colocó a los pies de la tumbona y cogió a la mujer por las caderas. Le quitó el tanga y casi con el mismo movimiento le separó las piernas y se pegó a sus nalgas. El nudo de su garganta se tensó.

Parpadeó varias veces detrás de los prismáticos como el que pone en marcha el limpiaparabrisas y cuando volvió enfocar la escena vio que el amigo se había levantado y tenía su vientre pegado a la cara de la mujer. No podía ver la cara de ella, sólo su pelo oscilando, brillante bajo el sol, pero sí podía ver la cara del hombre, levantada, los ojos cerrados, la boca entreabierta. Bajó los prismáticos y siguió mirando de lejos unos minutos, atónito, incrédulo, mientras las tres figuras se movían en lo que a él se le antojaba una estudiada coreografía. Se detuvieron de pronto y, después de cruzar una mirada y tal vez unas palabras, los dos hombres cambiaron de lugar. Ahora era el marido el que movía las caderas contra la cara de la mujer y el amigo el que empujaba detrás de ella. Por el ángulo de la cintura de ella y por la inclinación del cuerpo de él comprendió que el amigo no había renunciado a nada.

Un escalofrío le bajó desde la nuca y deseó, como nunca antes había deseado nada, bajar al jardín del chalet de los Castro, hablar con el marido (o lo que fuera) y pedirle que un día le dejara hacer lo que estaba haciendo aquel amigo suyo, deseó sentarse en la tumbona de cojines amarillos y extender crema en la espalda de la mujer, desabrocharle el sujetador, bajarle el tanga.

El escalofrío se detuvo en la cintura.

Desde la planta baja llegó la voz de su madre llamándole a la mesa. Suspiró, dejó los prismáticos en la estantería y volvió la cabeza hacia la puerta para (casi) gritar que ya bajaba.

La distancia más difícil de salvar es la que no se deja medir en metros, pensó mientras metía la palanca en la ranura vertical, la que movía hacia atrás la silla de ruedas.

TUTE CABRÓN

La tarde oscura, otoñal, se deja caer sobre la vieja villa que extiende sus calles y plazas a los pies del otero. Unos minutos antes de que las farolas inicien su lenta incandescencia, Felipe, el camarero, enciende las luces del interior del Casino.

—¡Ya era hora, Felipe! —exclama don Gerardo, el médico, vientre abultado, chaleco gris, leontina— No veíamos tres en un burro.

—¡Arrastro! —dice don Epifanio, el párroco, golpeando la mesa al tiempo que deja el as de oros en el centro del tapete.

—La madre que le parió, Padre— dice Martínez, el cabo de la Guardia Civil, entregando el tres de oros con gesto contrariado—. Con perdón.

El ventanal, que da a la calle de San Pedro esquina con la Plaza del Ayuntamiento, es la mejor vista del Casino, un mirador estratégico por el que asomarse a la vida de los vecinos, a sus rutinas, a sus idas y venidas desde la Plaza al Paseo de la Alameda, desde el Corro de la Iglesia hasta la Plaza. Don Gil, el boticario, mira de frente más allá de los cristales y lo que ve detiene en el aire la mano que iba a jugar su naípe.

—Vaya, vaya... —dice—... mira quién asoma...

Por los soportales, pasando junto a la pastelería, se acercan dos figuras femeninas. Una de ellas, una mujer todavía joven; la otra, una mocita. Empujan el cochecito de un niño.

—Ahí las tienen —dice el veterinario—, paseando como si tal cosa...

—Qué poca vergüenza —apostilla el médico, rotundo.

—Si de mi mano estuviera... —tercia el cabo—... ésas dos...

—Señores, señores —media el sacerdote sin demasiado entusiasmo—... un poco de caridad cristiana...

El camarero se acerca a la mesa y deposita las copas en las esquinas de la mesa que deja libres el fieltro verde: coñac para don Epifanio y para el cabo Martínez, anís para el médico y el boticario.

—De tal palo tal astilla —sentencia este último dejando su carta en la mesa: es el caballo.

—¿Se sabe de quién es hijo? —interroga don Gil

—De nadie de este pueblo, eso seguro —afirma el párroco, tajante, y nadie pone en duda su certeza.

—¿Se acuerdan ustedes de los saltimbanquis que pasaron por aquí el año pasado? —dice don Gerardo tirando su naipe— No me extrañaría nada que... había un malabarista que era muy buen mozo...

—Pues será suyo —concluye don Epifanio recogiendo la baza. Y añade— :veinte en copas.

—¡Coño, Padre! —se alegra el boticario— Y... hablando de copas... les contaré que el domingo, después de dejar a mi mujer en la novena de las Clarisas, me llegué hasta la Casa del Pozo...

Un repentino silencio se cuaja sobre la mesa y tres pares de ojos se asoman por detrás de las cartas abiertas en abanico.

—...usted como si no oyera, don Epi...

—Yo cada día estoy más sordo, hijo...

—...pues... como les decía, me llegué a la Casa y —el boticario hace una pausa para asegurarse la atención de sus oyentes, se inclina confidencialmente hacia delante y baja la voz—... Socorro me dijo que estaba a punto de llegarle... ¡una francesa!

Tres pares de cejas se levantan en arco circunflejo acompañadas de tres sonrisas mal disimuladas.

—¡Eso habrá que ir a verlo! —dice Martínez pasándose la lengua por el bigote.

—¡Y tanto! —confirma el galeno, que ha llenado el pecho de aire bajo el chaleco. Mira hacia la calle y ve a la mujer y a la muchacha paradas junto al puesto de castañas —¡Qué poca vergüenza! —repite. Se vuelve hacia el párroco— Vamos, don Epi, usted sale.

FORMAS DE PAGO

Toda paciencia tiene un límite y la mía estaba tocando a su fin. Habían sido muchos años de desprecios, de burlas; un lento y cotidiano goteo de humillaciones que me habían desgastado como erosionan las olas la base del acantilado. Ni el psicólogo, ni las clases de yoga, ni la entrega absoluta a mi trabajo conseguían aliviar la terrible angustia que para mí suponía volver a casa y encontrarla allí, como todos los días desde hacía tres décadas, dispuesta a amargarme las pocas horas que pasaba con ella.

No pensaba soportarlo ni un minuto más. Estaba decidido a hacer lo que fuera, incluso a venderle mi alma al diablo, para acabar con ella.

El problema era cómo hacerlo. Su salud era de roble lo que eliminaba de entrada algo tan sencillo en gente enferma como un error en la medicación o una sobredosis. Su fuerza, casi superior a la mía, me había hecho descartar cualquier tipo de muerte violenta. No tenía carné de conducir, lo que hacía inviable una oportuna avería de los frenos. Por si todo esto fuera poco, vivíamos en un adosado de una sola planta: tampoco era posible una caída accidental desde un octavo piso.

* * *

Yo le había visto y él me había visto. Durante varias noches nos observamos mutuamente desde los extremos de la barra, yo con el whisky que me tomaba antes de volver a casa en un intento de juntar las fuerzas necesarias para soportarla una noche más, él con un extraño combinado de color rojo intenso. Tenía los ojos hundidos y oscuros como pozos. Cuando por fin se me acercó, tuve la impresión de que no hacía sino cumplir algo que estaba escrito, para él y para mí, desde hacía mucho tiempo.

—No te preocupes —me dijo después de la quinta copa— parecerá un accidente.

—¿Estás seguro? —tuve que preguntar

Se echó a reír con una carcajada ronca, oscura y me pareció que si insistía en asegurarme lo echaría todo a perder.

—“Eficacia y discreción” es nuestro lema— dijo mirándome a los ojos

—Y... ¿cuánto me va a costar?

—Ya pasaré a cobrarte, no te preocupes.

Que aquella cornisa se desprendiera justo cuando ella pasaba por debajo fue, sin lugar a dudas, un lamentable accidente. Pero desde aquel día apenas paso tiempo en casa, incluso he pensado en venderla. Se me antoja enorme sin su presencia, vacía sin sus gritos, sin sus ronquidos, sin sus pasos retumbando en el pasillo. Echo en

falta sus chillidos, sus insultos, intento recordar el olor acre de su cuerpo redondo.
No soporto este aire lleno de su ausencia.

El hombre del combinado rojo aún no ha venido a cobrarme.

LA VENGANZA ES UN PLATO QUE SE SIRVE FRÍO

El anciano está sentado frente al ventanal en un amplio sillón de orejas. Tiene las piernas tapadas con una manta de cuadros rojos y verdes que parece esponjosa y cálida. El brazo derecho se le pega al cuerpo como si tuviera un imán en las costillas y la mano se retuerce, crispada, en un ángulo casi imposible. En la comisura de los labios, ligeramente desviada hacia la izquierda, brilla un hilillo de baba. El ventanal se abre a un jardín frondoso y asombrosamente verde. Está lloviendo.

Una mujer de unos cincuenta años, menuda, con el pelo recogido en un moño bajo, entra en la habitación sin hacer apenas ruido y se acerca al anciano.

—Don Hilario —dice agachándose frente a él como si quisiera asegurarse de que la ve—, ha llegado el doctor.

Casi al mismo tiempo, el doctor entra por la puerta, se acerca al ventanal y se sienta en un sillón idéntico al que ocupa el hombre. La mujer se retira.

—Un día magnífico, Hilario —dice el doctor palmeando el brazo izquierdo del anciano—: por fin llueve.

Suspira y saca una pipa del bolsillo derecho de la chaqueta. Luego saca del izquierdo un paquete de tabaco y empieza a llenar la cazoleta lentamente, con parsimonia, como si cada movimiento exigiera una precisión casi científica, como si siguiera un estricto ritual.

—He recibido los resultados de los análisis y del scanner que te hicimos la semana pasada, Hilario— dice mientras enciende la pipa y aspira varias veces para asegurarse de que el tabaco prende bien—, y me alegra enormemente decirte que estás sano como una manzana...

Palmea otra vez el brazo del anciano. Éste gira la cabeza y le mira con expresión indescifrable.

—...porque eso quiere decir que te quedan muchos años que pasar en este sillón...

El hombre retira el brazo con un movimiento que quiere ser brusco y con una crispación apenas perceptible en el rostro.

—Compréndeme, Hilario —dice el doctor arrellanándose en el sillón y lanzando al aire pequeñas nubes de humo blanco y oloroso—, nunca le deseé mal a nadie pero... no puedo perdonarte lo que le hiciste a Catalina —hace una pausa y mira de reojo a su silencioso interlocutor—. Yo la amaba, ya sabes. Tú... no sólo me la quitaste: te dedicaste, durante años, a hacerla desgraciada. Hasta que ella no pudo soportarlo más y desapareció de tu vida y de la mía.

El doctor levanta los ojos hasta el techo con gesto tranquilo y fija la vista en las volutas de una moldura.

—De modo que, mi querido amigo —continúa con voz lenta, un poco ronca—... yo seguiré viniendo a verte cada día para contarte lo hermosa que es la vida ahí fuera; para consolarme viendo cómo, inválido y mudo, te consumes en este sillón; para, en suma, amargarte los días que te quedan —el doctor sonríe ligeramente—. Aunque ya sé que no te gusta que hablemos de esto...

UNA PAREJA FELIZ

Rosario y Elvira se vieron por primera vez una tarde de otoño, en el andén de la estación, pero se conocían desde hacía diez años. Durante diez años, Rosario y Elvira habían charlado, casi cada tarde, en un canal de chat de modo que, cuando por fin se encontraron, lo sabían casi todo la una de la otra.

Rosario había sobrellevado un matrimonio lleno de aspereza y sinsabores, roto casi desde el principio, “por los niños, Elvira, adoran a su padre”. Elvira había tenido varios novios, incluso estuvo a punto de casarse con uno de ellos, pero, desengañada porque ninguno había resultado ser el hombre de sus sueños, decidió un buen día dar la empresa por imposible. Cuando el segundo de los niños de Rosario se casó, Rosario se divorció de su marido y se fue a vivir con Elvira.

Las dos eran limpias, ordenadas, cuidadosas. Se pusieron a la tarea de arreglar el piso recién estrenado de Elvira (“con cuatro habitaciones, Charo, para cuando vengan tus niños”) con la ilusión de dos recién casados. Compraron muebles, electrodomésticos, se instalaron. Elvira cosió las cortinas y Rosario tejió tapetes de ganchillo, saquitos para colgar lavanda en los armarios. Llenaron la terraza de macetas con plantas de flor.

Se levantaban temprano, limpiaban, se arreglaban y se iban a la compra. Salían de casa como pinceles: peinadas, maquilladas, impecables, guapas. Por la tarde leían, hacían labores, cuidaban las plantas, chateaban. Iban a misa de siete y después daban un paseo, se sentaban en una terraza a tomar un café, veían a sus amistades. Por la noche, sentadas ante el televisor, cuando decidían que ya era hora de acostarse, Elvira cogía el mando y apagaba la tele. Entonces Rosario palmeaba la pierna de Elvira, suspiraba y musitaba con una sonrisa feliz: “Otro día más...”; luego se ponía lentamente en pie, se inclinaba hacia Elvira y le daba un beso en la mejilla. “Buenas noches, cariño”, decía.

Elvira le teñía el pelo a Rosario. A veces, incluso le daba mechas o reflejos. Luego se lo alisaba con el cepillo y el secador hasta conseguir una vistosa melena. Rosario le hacía la manicura a Elvira y luego le pintaba las uñas de rojo o a la francesa. Disfrutaban yendo juntas de compras y probándose modelos en todas las tiendas hasta que una de ellas decía: “Éste”.

Cuando la mujer de Enrique, el niño mayor, se quedó embarazada, Elvira cosió faldones y bordó sabanitas para la cuna y Rosario tejió docenas de jersecitos llenos de angora y de lazos. “A mí los bebés me gustan cursis, Elvira”.

Los hijos de Rosario iban a verlas de vez en cuando y pasaban unos días con ellas. Desde una semana antes ya andaban atareadas llenando la despensa y el frigorífico, preparando las camas, el cuarto de baño. Cuando iban los chicos, ellas

dormían juntas en la habitación grande y dejaban para ellos las otras tres. Elvira cocinaba guisos sabrosos y lentos, de ésos que ya no se hacen por falta de tiempo, Rosario se esmeraba con los postres. “Son agotadores, ¿verdad?”, decía Rosario refiriéndose a sus nietos, dos gemelos inquietos y revoltosos como Zipi y Zape. “Claro”, contestaba Elvira, “pero... ¿tenemos algo que hacer más bonito que esto, Charo?” Y bajaban al quiosco y subían cargadas de gominolas y chocolatinas. “Que los eduquen sus padres, Elvira, ¿no te parece?. Las abuelas estamos para mimar”. Luego se pasaban una semana devolviendo la casa al orden previo a la visita.

Hacían viajes al extranjero, visitas a los amigos que vivían lejos; iban al gimnasio los martes y los jueves. En doce años, ninguna de las dos encontró migas de pan en la alfombra del salón, vasos sucios en el fregadero, pelos en la bañera.

Aquella mañana el despertador sonó, como siempre, a las ocho y media. Cuando Elvira llegó a la cocina se sorprendió de no haber encontrado a Rosario en el pasillo. Entró en la habitación de su amiga y, al verla todavía acostada, se acercó a la cama, la sacudió ligeramente y la llamó: “Charo, Charo...” Pero Rosario no contestó. “¡Charo, Charo!”, insistió Elvira.

Minutos más tarde, mientras lloraba desconsolada, Elvira se dio cuenta de que, a partir de aquella noche, cuando apagara la tele, nadie le iba a decir “Otro día más...”

LA PRINCESA ENCANTADA

Me llamo Vladimir y soy el heredero del reino de Rusmania. La Reina dice que soy más guapo que un Príncipe de cuento pero, claro, qué va a decir ella si es mi madre. Yo, la verdad, no me lo he creído nunca. No estoy mal pero tampoco es para tanto y por nada del mundo quisiera convertirme en una persona vanidosa.

Ya en mi adolescencia los Reyes, mis padres, empezaron buscar una Princesa que reuniera las cualidades necesarias para ser mi esposa, madre del heredero y futura Reina consorte de Rusmania. Cuando estaba a punto de completar mi formación académica y militar me anunciaron que ya habían encontrado a la candidata perfecta: Katrina, Princesa de Polaquia. Estuve de acuerdo con ellos porque, la verdad, había oído hablar de Katrina y todo el mundo decía que era inteligente y muy guapa, pero me reservé el derecho a veto en caso de fuerza mayor. Con las mujeres nunca se sabe.

Después de varios meses de gestiones diplomáticas, se acordó la fecha de la pedida de mano que tendría lugar en Varsiaga, capital de Polaquia, en el transcurso de una visita oficial.

En Polaquia nos acogieron como si fuéramos de la familia (lo cual no deja de tener su lógica, íbamos a serlo en breve, ¿no?): ciudad engalanada, clamor popular, banderas de los dos países ondeando en todos los balcones... todo el mundo volcado con nosotros. Pero, a pesar del magnífico recibimiento y de la cordialidad con que todos nos trataban, yo percibía algo extraño que me desasosegaba, me invadía esa inquietud que nace de la sospecha de que ocurre algo que te atañe directamente y todo el mundo está enterado menos tú.

La Princesa Katrina resultó ser una mujer de gran belleza y no menor simpatía y yo diría que, cuando fuimos presentados, surgió algo entre nosotros. No un flechazo, desde luego, pero sí una mutua atracción. A los cuatro días de nuestra estancia yo ya había maquinado la forma de que nos quedáramos a solas por la noche (por la noche tenía que ser, porque ésa era otra cosa que contribuía a mi desazón: Katrina nunca compareció a los actos que se celebraron durante el día) Puesto que en pocos meses íbamos a ser marido y mujer me parecía oportuno ir ensayando algunas partes de la ceremonia.

No voy a decir que aquella primera vez fuera decepcionante pero la verdad es que, en ciertos aspectos no estuvo a la altura de las expectativas. Katrina estuvo irreprochable en todos los sentidos pero... si vestida resultaba extremadamente elegante, su desnudez dejaba bastante que desear: unas piernas demasiado largas y demasiado flacas con las que me tropezaba constantemente, unos brazos huesudos desprovistos de encanto, unos pechos más pequeños de lo que aparentaban, un

vientre hundido cuyos huesos se me clavaban al menor descuido y una piel más bien áspera. Pero como no faltaba interés ni buena voluntad, la noche resultó (me atrevo a decir) muy satisfactoria para ambos y, ya casi de madrugada, nos rindió el cansancio y nos quedamos dormidos como dos bebés recién bañados.

Cuando abrí los ojos constaté con horror que el sol ya estaba en alto y que Katrina seguía en mi cama. Por si eso fuera poco, noté que mi brazo, que al dormirme había quedado abandonado sobre el promontorio rocoso de la cadera de la Princesa, descansaba ahora sobre una mullida colina. Lo aparté bruscamente con un grito que despertó a Katrina que, a su vez, se volvió hacia mí de repente, me miró y gritó también, espantada, antes de salir corriendo hacia el cuarto de baño. Como era de esperar, salí tras ella y, antes de que alcanzara la puerta, logré asirla por al cintura pero, con el ímpetu de mi carrera, la derribé, yo tropecé y acabamos los dos en el suelo, ella debajo y yo encima.

Quise disculparme pero, antes de pronunciar una palabra, algo en cada poro de mi piel me avisó que estaba ocurriendo algo extraño. ¿Qué era lo que, debajo de mi cuerpo, me producía tan gratas sensaciones? La causa del escalofrío que me recorrió de abajo a arriba eran una piel suave como la seda, unos muslos recios, un vientre cálido y acogedor, unos pechos generosos... Me apoyé en una mano para no aplastar a la Princesa y con la otra inicié un recorrido exploratorio por su flanco derecho. ¡Qué curvas, madre mía, qué muelles redondeces!

—¡Katrina! —susurré

También su cara había cambiado. No tenía la espectacularidad de las noches anteriores pero, al redondearse, la piel era mucho más tersa y su expresión se había dulcificado. Hasta los labios eran más carnosos. A pesar de la agitación de la noche anterior... alguna parte de mi cuerpo pareció animada a continuar.

—¡Katrina! —repetí

—¡Oh, Vladimir! —dijo ella con gesto apenado—, yo quería habértelo contado antes...

—¿Contármelo? ¿El qué?

—Esto, Vladimir —empezó a decir—, lo que me ocurre. El Hada Malvada odiaba a mis padres y se vengó de ellos haciéndome un encantamiento: sólo tengo mi apariencia durante la noche, cuando casi nadie me ve. Durante el día... soy así... Y —concluyó con los ojos llenos de lágrimas—... nadie sabe cómo romper el hechizo...

—¿Romper el hechizo? —casi grité— ¡Ni se te ocurra!

Y es así como, a día de hoy, después de diez años de casados, procuro terminar con mis obligaciones de la tarde lo antes posible, despido a mis colaboradores, me retiro a mis aposentos y busco a Katrina.

—Ven aquí, Princesa mía... —le digo—... aún no ha oscurecido...

EN EL NOMBRE DEL PADRE.

Al ejército de los Invasores apenas le supuso esfuerzo (ni merma) conquistar los territorios de los Hombres del Mar. Los Invasores eran un pueblo agresivo y belicoso con una larga tradición guerrera. Eran famosas las armas forjadas en sus herrerías y la ferocidad de sus hombres había traspasado sus fronteras y alcanzado el rango de leyenda. Los Hombres del Mar, pacíficos y pescadores, nunca habían temido a los Invasores porque las tierras de éstos, situadas más allá de las montañas, quedaban demasiado altas, demasiado alejadas de las llanuras casi desérticas, que se extendían a lo largo de la costa, en las que los Hijos de Mar pescaban desde que el tiempo se podía contar. Cuando los Invasores, amenazados por el empuje de los Bárbaros del Norte, se lanzaron a la conquista de los territorios vecinos, los Hombres del Mar se vieron indefensos frente a ellos: jamás se les había ocurrido prepararse para la guerra.

Yarid, hijo único del Jefe de los Hombres del Mar, tenía siete años cuando Histur, Jefe de los Invasores, llegó con lo mejor de sus tropas a las puertas de la Ciudad. Su padre, para protegerlo, ordenó a su Guardián que lo ocultara y lo despojara de todos los signos externos que pudieran delatar su rango. Hecho un ovillo en el fondo de una de las barcas más grandes del puerto, completamente cubierto por redes y aparejos, el pequeño Yarid no vio cómo Histur y sus hombres entraban en la ciudad bramando como monstruos marinos, quemaban las casas, golpeaban a las mujeres y a los niños y mataban a los hombres. Lo que sí pudo ver, una semana después, en el centro de lo que había sido la plaza del mercado, fue la cabeza de su padre ensartada en una pica. Despedía un olor nauseabundo y estaba cubierta de moscas.

Ocho años más tarde, los Invasores eran los amos del territorio de los Hijos del Mar y sus habitantes habían quedado relegados a las tareas más duras cuando no vendidos como esclavos. La Ciudad se llamaba ahora Ihs- Hadum que, en la lengua de los Invasores, significaba “la conquistada”

Ocho años más tarde, Histur descansaba en su tienda después de varias jornadas de camino a través de las montañas. Regresaba, con un grupo de guerreros, de una incursión por las Tierras del Norte y la nieve y el viento helado habían hecho agotadora la marcha. Dos días más y, por fin, estarían de vuelta en Ihs-Hadum. Su joven ayudante se acercó al camastro.

—Señor —dijo el muchacho arrodillándose y posando en el suelo la bandeja que portaba—, te he traído agua para refrescarte y vino para que recuperes las fuerzas.

Histur se incorporó ligeramente y alargó la mano para alcanzar la copa. No tuvo tiempo de ver de dónde había salido el arpón que se clavó en la tierra después de atravesarle la muñeca.

Al amanecer del día de la fiesta de Samna, dios del Trueno, un alarido agudo y prolongado, hiriente como un cuchillo, despertó a los habitantes de la ciudad que abrieron las puertas de sus casas y se asomaron a las ventanas para ver cómo el joven Yarid, a lomos de un caballo negro, recorría al galope las calles, entraba en la plaza del mercado y daba varias vueltas en derredor antes de detenerse en el centro, junto a la pica en la que, años atrás, estuvo expuesta la cabeza de su padre. Sólo entonces los Invasores pudieron reconocer el cuerpo que arrastraba la montura: desnudo, casi despellejado, Histur tenía las manos y los pies atravesados por arpones. Un enorme anzuelo se insertaba en su paladar y asomaba la punta por la órbita vacía del ojo izquierdo. Aún respiraba.

UNA VOCE MOLTO FA

Adela se ajustó el pantalón a la cadera, ahuecó las solapas de la chaqueta vaquera y se estiró la camiseta hasta la frontera del ombligo. Dio un último vistazo a su imagen y, satisfecha, salió de su cuarto y bajó las escaleras con el entusiasmo de una adolescente a la que esperara el chico de sus sueños.

Al llegar al hall se detuvo un instante frente al espejo que colgaba sobre la consola para comprobar la simetría del colorete. Fue entonces cuando oyó la voz de su madre.

—¡Adelaida! —era un grito— ¿Su puede saber dónde vas con esas pintas? ¿No te da vergüenza? ¡Una mujer de cuarenta años vestida como una quinceañera!

Su madre siempre había sido así: gritona, dominante, meticona. Adela no podía recordarla de otro modo. Miró al techo, suspiró entre aburrida y resignada y con el dedo anular borró una pequeña porción de perfilador que se salía del margen de la comisura.

—¡Adelaida! ¿No pensarás salir a la calle vestida así, verdad?

Dio media vuelta y abrió con decisión la puerta del garaje. La cerró de un portazo y entró en el coche pero incluso hasta allí llegaban los gritos.

—¡Una furcia! ¡Eso es lo que pareces: una furcia! ¡Ningún hombre decente se ha de acercar a ti!

Pulsó el mando a distancia, arrancó y puso la radio a todo volumen pero no fue suficiente: la voz de su madre seguía llegando hasta sus oídos.

—¡Zorra!

Cuando el portón estaba a media altura, avanzó lentamente marcha atrás. Antes de alcanzar la calle detuvo el coche y miró hacia la primera planta de la casa, hacia la ventana de la que provenían los gritos que, por fin, ya no se oían.

“Menos mal que fuera de la casa no se oyen”, pensó. “Una lástima tanto esfuerzo... al final... voy a tener que venderla...”

Había sido mucho esfuerzo, sí. Primero había hablado con varios vecinos sobre la intención de su madre de irse a pasar una temporada al extranjero, con su hermano. Adela era hija única pero eso los vecinos no lo sabían. Dos días más tarde, mientras su madre se duchaba, la apuñaló al más puro estilo “Psicosis”. Su madre era menuda y delgada y eso le facilitó la labor. Durante una semana troceó su cadáver con paciencia de cirujano plástico y lo repartió en porciones que fue enterrando, día a día, en diferentes lugares. Limpió escrupulosamente el baño y, durante los dos meses siguientes, se fue deshaciendo de la ropa de su madre a razón de una prenda

por día. La noche que sacaba al contenedor la bolsa que contenía el último para de zapatos, oyó su voz por primera vez.

Tendría que vender la casa, sí: su madre no se callaba ni después de muerta.

AMOR DE MADRE

Está a punto de amanecer cuando abandona el palacio por la puerta de las caballerizas, sigilosa, cubriéndose con una gruesa capa de paño oscuro y ocultando su rostro en las sombras de la capucha. Admila, la esclava tracia que ayuda al cocinero, la acompaña.

¿Qué no ha de hacer una madre por su hijo? Lo cría con mimo y con cuidado, sacrifica por él sus días y sus noches, se ocupa de que su educación esté a cargo de los mejores maestros, se entrega sin descanso a la tarea de ayudarlo a seguir el plan más adecuado a sus aspiraciones, pelea como una loba contra los enemigos que se interponen en su camino... llega, incluso, a compartir su lecho para evitar que entren en él mujeres poco convenientes... Llega, en definitiva, a salir al amanecer furtivamente para estar en el mercado a buena hora, cuando los puestos acaban de abrirse y aún no ha llegado la multitud que poco más tarde abarrotará la plaza, para poder elegir con calma, para poder escoger, entre todos, los hongos más frescos, los más sabrosos, los hongos con los que preparar un succulento guiso al que nadie pueda resistirse: amanita oronja, agaricus campestre, lepista nuda, lepiota prolera, marasmius oreades... y el sin par boletus edulis.

Ya de regreso, se ocupa de que los sirvientes los laven y sequen cuidadosamente y da instrucciones para la elaboración de las salsas que los acompañarán: para los hydnum rependum ordena picar finamente unos canónigos frescos y tiernos y machacar dos anchoas en salazón y aliñar la mezcla con aceite de oliva hasta conseguir que quede untosa. Para los boletus hace rehogar lentamente una cebolla troceada y, cuando está dorada, indica que añadan leche y un poco de queso de oveja. Los agaricus tendrán suficiente con un sencillo sofrito de tocino y un chorro de vino blanco y las oronjas estarán deliciosas con la salsa de ajo, perejil y tomillo.

A la hora de la cena, reclinada en el triclinium, pedirá que traigan los hongos, se volverá hacia su esposo, el padrastro de su hijo, y le dirá:

—Pruébalos, Claudio. Me he ocupado yo misma de que estén a tu gusto.

Claudio, que tiene debilidad por los hongos, devorará un plato tras otro hasta que no quede ni rastro de boletus, de agaricus ni, por supuesto, de oronja.

Es lamentable que la oronja sea tan fatalmente parecida a la muscaria pero... ¿qué no hará Agripina, mater amantissima, por allanar el camino de su hijo Nerón hasta la cima del Imperio?

LA MÁS BELLA DEL BAILE.

Maite se acercó al espejo del vestidor para dar un último vistazo a su atavío y comprobar que todo estaba como había previsto. El collar de su madre (una vuelta de perlas perfectas con broche de brillantes) haría que todas las miradas se dirigieran hacia su escote donde las esperaba el vértice de un vestido negro que se ajustaba a su cuerpo como un coche de Fórmula 1 a las curvas del circuito de Monza. Para las miradas que, ligeramente avergonzadas por haberse perdido en el surco de su pecho (que aún aguantaba bien la fuerza traicionera de la gravedad), regresaran a su rostro, había preparado la trampa de sus ojos claros, cuidadosamente maquillados para que lucieran como aguamarinas, flanqueados por los pendientes (perlas y brillantes a juego con el collar) que se encargarían de que ninguna mirada escapara más allá de su pelo perfectamente peinado. No más joyas, no más ornamentos, sólo lo imprescindible para que la miraran justo donde ella quería ser mirada, y, para completar el conjunto, el bolso de mano y las mules negras bordadas con Strass que esperaban junto a la puerta como dos animalillos preciosos y dóciles.

“Te vas a enterar, Mario Churruca”, pensó mientras se echaba por los hombros el mantón de Manila de su abuela. “Te vas a enterar, maldito estúpido”.

Mario Churruca era el ex-marido de Maite y solamente a una cabeza loca como Piluca Vadillo se lo podía haber ocurrido la idea de invitarlos a los dos cuando su divorcio había sido la comidilla de todos durante varios meses. Pero cuando Maite se enteró de que Mario también estaría en la fiesta era ya un poco tarde para presentar una excusa que, en cualquier caso, habría sonado a pretexto para no encontrarse con él. Estaba obligada a ir y, lo que era más importante, estaba obligada a deslumbrar, a ser el centro físico y espiritual de la fiesta. Tenía que quedar claro delante de todo el mundo que Maite Villullas no se venía abajo por algo tan nimio como que su marido la hubiera cambiado por la jefa de relaciones públicas de la empresa.

La entrada de Maite en el salón de Piluca Vadillo fue, tal como había previsto, deslumbrante. Todos los ojos se volvieron hacia ella y, aunque sospechó que tal reacción se debía sobre todo a la expectación que despertaba su primer encuentro en público con Mario después de tanto tiempo de esquivarse mutuamente, esbozó una sonrisa sin mirar a nadie en concreto. Vio que Piluca emergía de un grupo de invitados y se dirigía hacia ella mientras por la izquierda se acercaba una doncella. Fue en aquel preciso instante cuando notó algo que, desde que había salido de casa, le había pasado desapercibido y, temiendo lo peor, movió los dedos de los pies. Al hacerlo comprobó, horrorizada, que el tacto de lo que los cubría no era el de sus preciosas mules negras sino otro mucho más familiar: el de sus chinelas de color rosa.

Sus músculos adquirieron la rigidez de la piedra y algo parecido a una bala de cañón se le incrustó en el estómago. Durante un largo segundo, mientras sostenía la mirada perdida en el fondo del salón y aguantaba sin inmutarse la sonrisa de recién llegada, repasó la lista de recursos para salir de una situación comprometida pero no recordaba ningún manual de urbanidad en el se dieran instrucciones acerca de cómo actuar cuando se acude a una fiesta en zapatillas.

—Señora —dijo la doncella a su izquierda—... ¿me llevo su ...?

No. En ninguna parte había instrucciones para un momento como aquél. No quedaba más remedio que improvisar.

Tardó un segundo más en volverse hacia la muchacha y ampliar los márgenes de su sonrisa.

—Sí, claro —dijo quitándose el mantón con gesto elegante.

A continuación, sin dejar de sonreír, dobló una pierna, se inclinó ligeramente y, estirando el brazo, alcanzó la chinela. La sujetó con la otra mano y repitió la operación. Luego, depositó cuidadosamente las chinelas sobre el mantón que sostenía la doncella, irguió la cabeza con un gesto de elegante altivez y se dirigió, radiante y descalza, al encuentro de su anfitriona.

A LA DERIVA

Como siempre, empezó la vieja con la cantinela de todos los días, que si recoge tu cuarto, que si lávate los dientes, que si hazte la cama. Cuando se pone así no la aguanto, qué manera de amargarle la vida a uno. No hay forma de hacerle entender que puedo hacerlo luego, cuando vuelva de clase. Y no creo que sea de vida o muerte el que esté hecha la cama. Cualquiera día le meto un calcetín en la boca, a ver si se calla de una puta vez.

Luego, en el insti, don Gómez, el profesor de Mates, el tutor: que fuera a su despacho a la hora del recreo. Para qué, digo yo, si ya sabía lo que me iba a decir. Que las notas de la evaluación un desastre otra vez; que Begoña, la de Sociales, se había vuelto a quejar de mi “actitud grosera en clase”; que le habían llamado los padres de Ramírez por lo del puñetazo del otro día. Gómez es un imbécil, no entiende nada. Yo le miraba la cara de babosa mientras hablaba y pensaba en que me gustaría partírsela.

Pero lo peor fue lo de Claudia. No sé qué era lo que tenía esa niña que me volvía loco. Llevaba toda la semana muriéndome de ganas de que llegaran las ocho de la tarde del viernes para ir a buscarla. Después nos acercaríamos al “Damajuana” a tomar un par de cubatas con la peña. Le metería mano un rato y luego, si había suerte, hasta podríamos hacer un 6 y un 9 en el baño. De modo que llegué a casa y fui derecho a llamarla.

Y aquello fue lo que me acabó de matar. Porque nada más descolgar se echó a llorar como una Magdalena y dijo que lo sentía mucho pero que no podía volver a verme y por más que le pedí explicaciones la muy cabrona no fue capaz de hacer otra cosa que llorar a moco tendido y repetir cuánto lo sentía.

Así que cuando me llamó el Curro para decirme que si quería irme con él y con su panda de los viernes le dije que sí. Ni el Curro ni su peña me gustaban especialmente pero estaba tan jodido que hubiera hecho cualquier cosa por no quedarme en casa oyendo a mi padre decir cada dos minutos que bajara la música.

Al principio la cosa fue bien, yo no noté nada raro. Tomamos un par de cañas por la Zona Vieja y decidieron ir al “Malaquita” a echar un vistazo al ambiente, es decir, a las tías. Pero cuando llegamos al Paseo uno de ellos vio al tipo que estaba en la esquina del pub. Se paró en seco, miró a los demás y luego, levantando el brazo, echó a correr gritando “¡A por él!”. Los demás le siguieron y, aunque el otro también había salido corriendo, lo alcanzaron en la mitad de la alameda, lo tiraron al suelo y ahí empezaron a salir las cadenas y los puños.

Yo al principio me quedé quieto, como un gilipollas, incluso llegué a pensar en largarme de allí enseguida, no quería más líos; pero entonces oí a uno de ellos que gritaba “¡Toma, sudaca de mierda!” mientras le sacudía al tipo con la cadena. Y algo me pasó. No sé cómo, la frase se me cambió en el cerebro: “¡Toma, Gómez, cabrón

de mierda!, ¡cállate de una jodida vez, mamá!, ¡Claudia, hijaputa!” y fue cuando me fui a él, le aparté de un empujón, le quité la cadena y empecé a golpear al sudaca con todas mis fuerzas.

Eso fue lo que pasó, Señoría.

©Vichoff, 2004/2006
es.humanidades.literatura

